
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
UN DEMONIO PARTICULAR
CLARK CARRADOS

Pamela Bromfield era la persona más rica y de mayor influencia en la aldea. Era una mujer anciana e impedida, que no podía moverse de su cama o de su silla de ruedas.

Al atardecer, apareció la primera rata.

Una mujer vio al roedor, enorme, casi como un gato, en medio de la calle, y lanzó un agudo grito. Luego agarró una escoba y quiso alejar al intruso, pero la rata, de pronto, se irguió sobre sus patas traseras y enseñó sus aguzados colmillos, a la vez que emitía un feroz chillido.

La mujer, acobardada, retrocedió. Entonces, un gato se precipitó sobre la rata, pero, casi en el acto, un segundo roedor saltó sobre el lomo del felino y empezó a morderle ferozmente en la parte posterior del cuello.

En la taberna, el dueño se disponía a servir una cerveza a su único cliente cuando, de súbito, vieron tres ratas que empezaban a saltar por el interior del local. El tabernero agarró un grueso bastón, pero, de pronto, sintió un atroz dolor en la pantorrilla derecha…



Clark Carrados

Un demonio particular

Bolsilibros: Selección Terror - 175

ePub r1.0

xico_weno 18.10.17

Título original: *Un demonio particular*
Clark Carrados, 1976
Ilustraciones: Salvador Fabá

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




ft
SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

DE repente, en aquel tranquilo pueblo, se oyó una extraña y agradable música.

Byburn-on-Syne era más bien una aldea, compuesta por dos filas de casas, situadas a ambos lados del camino que era la calle principal. Había algunos edificios auxiliares, graneros, cocheras, un par de almacenes, pero en conjunto, las viviendas, salvo tres o cuatro, esparcidas por las inmediaciones, a corta distancia, estaban regularmente distribuidas en las dos hileras mencionadas.

Los tejados eran rojos, de tejas, o grises, de pizarra, pero todos inclinados y provistos de sus respectivas chimeneas, de las que brotaban tenues hilos de gasa azulada, que subían sin apenas ondulaciones, merced a la quietud de aquella dorada mañana de otoño.

En Byburn-on-Syne había una taberna, una posada, también con despacho de licores y cerveza, a las horas prescritas por la ley, un par de tiendas, un taller de reparación de automóviles, cuyo dueño, por otra parte, cuando escaseaba el trabajo, que era casi siempre, también reparaba frigoríficos, lavadoras y toda clase de cacharros eléctricos; otra tienda, ésta de ropas para ambos sexos, y un puesto de policía, con un jefe, el cabo Dyven Brighell y su único subordinado, el agente Tom Pettin.

De no haber sido por dos o tres automóviles estacionados frente a sendas casas, cualquier viajero que hubiera pasado por aquel lugar, habría creído hallarse en una población medieval, o tal vez en un decorado construido por algunos estudios cinematográficos, a fin de rodar algunas escenas sobre variados aspectos de la vida y hazañas del legendario Robin Hood.

Porque, eso sí, era preciso reconocer que los vecinos de Byburn-on-Syne sabían cuidar el aspecto de la aldea, de tal modo que, en todo momento, ofrecía al visitante una cuidada impresión de

limpieza y pulcritud, difíciles de superar, por otras localidades de dimensiones y población semejantes.

Algunos, sin embargo, opinaban que la limpieza y la pulcritud estaban sólo por fuera. En el interior, había mucha mugre, pero no en el de las casas, sino en el de sus habitantes.

La música sonó bruscamente, cuando todo el mundo se hallaba ya entregado a sus faenas, pero como el trabajo en la aldea solía ser apacible y apenas ruidoso, las notas del instrumento se percibieron con toda claridad.

El herrero suspendió los golpes de su martillo sobre el yunque y el mecánico dejó de apretar tuercas. En la tienda de comestibles, la dueña y dos clientas se asomaron a la calle.

Abriéronse algunas ventanas. El cabo Brighell estaba en su oficina redactando un informe oficial y dejó la pluma a un lado.

La música se acercó. Las notas partían, con dulce y a la vez viva melodía, de una flauta, cuyos sonidos tenían una singular pureza. Súbitamente, se hizo visible el flautista.

Era una mujer, joven, muy guapa, de cabellos leonados y silueta de firmes curvas. Los primeros que la vieron creyeron, al principio, que iba a rodarse una película de época.

Ella vestía de un modo anticuado: jubón de color rojo y sombrero con pico y pluma curva, al estilo de los trovadores. Pero en su arcaica vestimenta se habían introducido ciertas modificaciones completamente actuales.

El jubón era de mangas muy cortas, lo que permitía ver unos brazos de mármol, perfectamente torneados. La joven no llevaba calzas ajustadas, como parecía lo lógico, sino unos pantaloncitos de piel de ante y color rojizo leonado, que parecían haber sido pintados casi sobre sus espléndidas caderas.

En cuanto al calzado, consistía en unas botas de medio tacón, altas hasta un poco más allá de las rodillas y del mismo color que los pantaloncitos. Pendiente del costado izquierdo, llevaba una especie de bolso o escarcela y eso era todo.

Salvo la flauta, que sonaba incesantemente y cuyo grosor parecía ser un poco mayor que lo habitual.

Ella soplaba el instrumento y contoneaba su cuerpo hermosamente conformado, mientras miraba con maliciosa sonrisa a todas partes. Nadie se explicaba de dónde había podido salir

aquella muchacha.

De repente, alguien lanzó un agudo grito:

—¡Maggie Billings!

Entonces, la joven dejó de tocar y se paró casi en el centro de la aldea.

—¡Hola, amigos! —gritó con fresca y cristalina voz—. Celebro que, por fin, alguien me haya reconocido. Estoy segura de que todos pensaban que no iba a volver, después de que fui expulsada de aquí ignominiosamente, hace cuatro años. ¿No es cierto, ciudadanos de Byburn-on-Syne?

Brighell, el policía, salió a la puerta de su oficina, con las gafas de lectura a caballo de su bulboso apéndice nasal.

—Maggie, ¿qué es lo que pretendes? —inquirió—. ¿Por qué ese escándalo?

—¿Escándalo? —rió ella—. Nada de eso, buen cabo Brighell. Simplemente, he venido a pronunciar un discursito, dirigido a los habitantes de esta corrompida población.

—Maggie, si sigues así, tendré que detenerte…

—¡Cabo, si me detiene, violará mi libertad de expresión! —respondió Maggie furibunda e instantáneamente—. Si digo algo que no sea cierto, el acusado podrá demandarme ante los tribunales, pero, mientras tanto, usted no tiene la menor autoridad para privarme de mis derechos.

Brighell se quedó con la boca abierta. Tras una leve pausa, Maggie continuó:

—Sí, hace cuatro años fui expulsada vergonzosamente, por conducta inmoral según dijeron entonces. Y quienes más empeño pusieron en mi acusación, eran los que más motivos tenían para callar. Dave MacBaird se marchaba casi todas las noches de su casa, para calentar el lecho del ausente Tim Cowens; pero la señora MacBaird, a su vez, tenía frío y recibía a Godfrey Wallis. Helen Mimson se mostraba muy puritana a sus cuarenta años, pero tenía dos amantes, cuyas edades, juntas, no alcanzaban en total a la suya.

»Rickson Higgs se casó con Polly Stevenson, pero el hijo de Polly no era de Rickson. Claro que tampoco Rickson tenía motivos para quejarse; en todo caso, Ben Fryars podría haberse quejado de que su esposa faltaba a sus deberes conyugales un día sí y otro casi también, en colaboración con Rickson. Éste debería ser el apellido

del segundo hijo de los Fryars… ¿Y qué me dicen de la vieja señora Bromfield, tan austera y virginal? ¿Nadie les ha contado las orgías que organizaba en su casa, con su chófer y su jardinero y las dos criadas hace tan sólo veinte años? Si continuase hablando, nadie se libraría de ser puesto en la picota, porque este pueblo que tanto presume de virtud, es un pueblo de ratas.

Maggie lanzó una estruendosa carcajada. Luego finalizó con un estremecedor apóstrofe:

—¡Pues bien, pueblo de ratas, tendréis ratas!

La flauta volvió a sonar y Maggie reanudó su camino, saltando y contoneándose, sin dejar de soplar en el instrumento. Al fin, el que muchos estimaban maligno sonido, dejó de oírse.

* * *

Ninguno de los vecinos de Byburn-on-Syne se atrevía a mirarse a la cara.

Lo que Maggie había dicho en voz alta era cosa sabida por la inmensa mayoría. Hasta el momento, sin embargo, todos habían guardado celosamente aquellos secretos, que la hermosa joven había puesto al descubierto tan clara como inesperadamente.

Una atmósfera de opresión y de vergüenza se abatió sobre la aldea.

Las gentes se encerraron en sus casas. Aquel día, la taberna permaneció desierta.

Algunos vecinos, no obstante, urgieron a los dos policías para que buscasen a Maggie y la detuvieran, acusada de calumnias. Brighell parecía torpe y con poco seso, pero se negó en redondo a acceder a las peticiones que en tal sentido le fueron formuladas.

—Ella tenía derecho a proclamar lo que todos sabemos que es cierto —contestó, a los requerimientos de sus convecinos—. Y si yo tuve que cumplir la orden de expulsión, fue porque me lo ordenó el consejo municipal, pero no por propia voluntad. Lo que hacía Maggie no era, ni más ni menos, lo que otros muchos hacían, incluyendo la señora Bromfield… en sus buenos tiempos, claro está.

Los argumentos del policía eran irrefutables. Además, todos sabían que Pamela Bromfield había sido la más empeñada en la expulsión de Maggie.

Pamela Bromfield era la persona más rica y de mayor influencia en la aldea. La mayoría de los que trabajaban en el campo, lo

hacían en propiedades arrendadas a la que ahora era una mujer anciana e impedida, que no podía moverse de su cama o de su silla de ruedas.

Al atardecer, apareció la primera rata.

* * *

Una mujer vio al roedor, enorme, casi como un gato, en medio de la calle, y lanzó un agudo grito. Luego agarró una escoba y quiso alejar al intruso, pero la rata, de pronto, se irguió sobre sus patas traseras y enseñó sus aguzados colmillos, a la vez que emitía un feroz chillido.

La mujer, acobardada, retrocedió. Entonces, un gato se precipitó sobre la rata, pero, casi en el acto, un segundo roedor saltó sobre el lomo del felino y empezó a morderle ferozmente en la parte posterior del cuello.

En la taberna, el dueño se disponía a servir una cerveza a su único cliente cuando, de súbito, vieron tres ratas que empezaban a saltar por el interior del local. El tabernero agarró un grueso bastón, pero, de pronto, sintió un atroz dolor en la pantorrilla derecha.

Bajó la vista. Una rata colosal estaba agarrada a la pierna, mordiendo con voraz decisión. Cuatro o cinco más entraron inesperadamente por la puerta trasera.

Empezaron a oírse los primeros gritos de terror. Sonaron algunos escopetazos.

Los perros aullaban lúgubremente, mientras los gatos, tras intentar un combate desigual contra los roedores, cuyo número aumentaba con vertiginosa rapidez, acabaron por emprender una vergonzosa huida, no sin sufrir un buen número de bajas. Los canes, más listos, sólo perdieron un par de miembros de su especie; los demás, desaparecieron de Byburn-on-Syne antes de que el sol se hubiera puesto.

En los gallineros, las aves de corral cacarearon despavoridas. Gallos, gallinas, patos y ánades, trataron en vano de defenderse contra aquella marea de pieles grises y colmillos blancos, que actuaba con aterradora ferocidad. Las palomas, salvo las que se quedaron a defender a los pichones nacidos poco antes, pudieron escapar volando.

En todas partes, por todas las casas, surgían más y más ratas, como si la mano de un mago diabólico multiplicase su número con

espantosa rapidez. Hombres y mujeres escapaban, llevando en las manos lo poco que podían transportar Los niños lloraban de terror y el que no podía caminar era llevado en brazos por el padre o la madre.

Brighell y su subordinado, escaparon también. Aquella invasión resultaba irresistible.

Las escopetas mataron muchas ratas, que fueron instantáneamente devoradas por sus congéneres, pero el número de las que quedaban vivas, era infinitamente superior.

Y aumentaba por momentos.

Las ratas también llegaron a Bromfield Mansión.

Pamela Bromfield vivía en la casa, situada a trescientos metros de la población, sobre una loma que se alzaba escasamente a treinta metros por encima de las casas. Una vieja asistenta era ahora todo su personal de servicio y la mujer empezó a chillar espantada cuando vio las primeras ratas.

La asistenta tenía aún las piernas ágiles y pudo escapar. Pamela Bromfield, encadenada al lecho por la parálisis que le afectaba las extremidades inferiores, no pudo hacerlo.

La vieja dama chilló ferozmente cuando divisó a un par de ratas en su dormitorio. Tenía al alcance un antiguo bastón de ébano, con puño de marfil, y golpeó a los animales, consiguiendo, incluso, matar a uno de ellos.

Pero aquella pareja no eran sino la vanguardia de una incontenible oleada, que invadió la casa en espantosas oleadas. Pamela Bromfield se vio sumergida bajo una marea de cuerpos grises, que mordían con ferocidad inaudita. Sintió atroces dolores en todo el cuerpo y, en sus últimos momentos, hasta consiguió cubrirse por completo con la ropa de cama.

Todo resultó inútil. Los afiladísimos colmillos de los roedores traspasaron colcha, mantas, sábanas y el camisón y llegaron a la carne seca y apergaminada, que desapareció en contados minutos, dejando solamente un esqueleto completamente limpio.

Luego, las ratas, cuyo número no dejaba de aumentar, arremetieron contra todo lo que podía representar una presa para sus colmillos. La señora Bromfield no se había preocupado excesivamente del cuidado de su casa, salvo de las apariencias externas.

Era un edificio más viejo aún que ella, con armazón de madera. Cuando las vigas y tirantes se cuartearon, roídos por los insaciables múridos, el caserón se derrumbó con fenomenal estrépito, que hizo retemblar el suelo fuertemente.

En Byburn-on-Syne también se derrumbaron muchas casas. Cuando las ratas, al fin, parecieron sentirse satisfechas, empezaron a abandonar la aldea.

Al amanecer Byburn-on-Syne semejaba el resultado de una feroz batalla librada en sus alrededores. Ciertamente, no había sido una batalla con fusiles, ametralladoras, tanques y cañones, pero el aspecto del pueblo, salvo la falta de impactos de bala y de metralla en las paredes que aún se mantenían en pie, no desmerecía en absoluto del de otros que se habían visto situados en las inmediaciones de los frentes de combate en las pasadas conflagraciones bélicas.

CAPÍTULO II

HENNYSON (Eddie) Crane tenía en la mano izquierda un high-ball mediado y en la derecha un cigarrillo. Sentado cómodamente en un mullido butacón, tenía frente a sí el televisor, cuya pantalla mostraba las imágenes de un pueblo devastado por una gigantesca invasión de ratas, según declaraba el locutor del noticiario, destacado a informar sobre el acontecimiento.

A Crane le parecía imposible que las ratas hubieran podido hacer una cosa semejante. Byburn-on-Syne parecía haber sufrido un atroz bombardeo, pero eso, se dijo, no era cosa de los roedores.

Sentíase escéptico sobre el particular. Sin embargo, su atención se vio excitada por la aparición de una llorosa mujer en la pantalla.

—Ella… fue Maggie Billings… De pronto, llegó al pueblo tocando una flauta… Dijo cosas horribles de todos nosotros, ella, que había sido una mujer pública…

El locutor tosió, a fin de corregir ciertas expresiones demasiado crudas que la emoción hacía brotar de los labios de la gemebunda vecina.

—Nos llamó ratas, dijo que tendríamos ratas… y se marchó, siempre tocando su maldita flauta…

—Como en el famoso cuento, señora —dijo el locutor.

—¿Qué cuento? —preguntó ella.

El locutor carraspeó de nuevo.

—Perdón, señora, muchas gracias —sonrió comprensivamente. Luego se volvió hacia la cámara—. Ya han visto y oído, queridos televidentes; las ratas, no sólo han destruido prácticamente una aldea tan bella como era Byburn-on-Syne, sino que, incluso, causaron algunas víctimas, una de ellas, la señora Bromfield, devorada en su lecho, ya que estaba impedida y no pudo huir, como la mayoría de los vecinos del pueblo. Nadie comprende cómo se

produjo esa gigantesca invasión de roedores, aunque todos los informes al respecto coinciden en la presencia, por la mañana, de una encantadora joven que tocaba la flauta.

»En cierto modo y en pleno siglo XX, se ha realizado de nuevo el viejo cuento del flautista de Hamelin, sólo que éste se llevó a los niños, atrayéndolos con las notas de su instrumento, y ahora, una hermosa mujer, con su flauta, ha atraído a las ratas que destruyeron la aldea. El enigma que esto pueda representar queda para las autoridades policiales y, cómo no, para los científicos. Buenas tardes, queridos espectadores.

Crane apagó el televisor.

—Menuda invasión —dijo a media voz—. Debió de ser algo espantoso, si es cierto todo lo que cuentan.

Luego recordó la muerte de la señora Bromfield, devorada viva, y sintió que un helado escalofrío recorría su espalda.

—Horrible, horrible… —musitó.

De pronto, Eddie Crane recordó que tenía un amigo zoólogo.

El amigo se llamaba John White. Como Crane, había visto el reportaje.

—Sí, verdaderamente extraño —convino el zoólogo—. No recuerdo que en Inglaterra se produjese jamás una invasión de tales características. Además, por las fotografías que han sido proyectadas, las ratas, casi todas, tenían un tamaño excepcional. Pero, francamente, no comprendo qué pudo haber motivado esa morbosa atracción por una aldea determinada.

—La flauta mágica —rió Crane.

—Eso son cuentos para niños —contestó White—. Algo atrajo a las ratas y eso es lo que me intriga. Tú sabes que en los países nórdicos y en determinadas épocas, aunque no todos los años, se produce la migración de los *lemmings*, tal vez motivada por un exceso de natalidad, por una superpoblación originada por un colosal aumento en las cifras de nacimientos; y esos roedores avanzan cubriendo enormes extensiones de terreno, hasta que llegan al mar, arrojándose al agua para ahogarse a centenares de miles…

—Pero en Byburn-on-Syne sólo hay un pequeño río y no se dice que las ratas se hayan ahogado en él —adujo Crane—. Destruyeron la aldea, mataron algunos perros y gatos y, por supuesto, todas las

gallinas, patos y demás, y luego desaparecieron, sin que nadie sepa adónde fueron. A mí me parece que esa invasión no tiene nada que ver con la migración de los *lemmings*.

—Eddie, yo sólo quise ponerte un ejemplo comparativo —respondió el científico—. Pero, por mi parte, añadiré que mañana pienso ir a Byburn-on-Syne, a fin de estudiar el fenómeno sobre el terreno.

—Gracias, John. Me llamarás a tu regreso, supongo.

—Desde luego. Pero ¿por qué te interesa tanto la invasión de las ratas?

Crane dudó unos segundos en su respuesta.

Al fin, dijo:

—John, da la casualidad de que conozco bastante a la acusada.

—¿Maggie Billings?

—Sí.

Tras la conversación con su amigo White, Crane usó el teléfono por segunda vez. Pero su llamada no obtuvo respuesta.

Maggie no estaba en casa.

Crane meditó unos momentos. Acaso se trataba de otra joven. Maggie Billings, a fin de cuentas, era un nombre de relativa vulgaridad. Pero, sin saber por qué, presentía que la flautista era aquella hermosa mujer, en cuya compañía había pasado tantas horas agradables.

Al cabo, resuelto, se puso en pie y se cambió de ropa. Minutos después, salía de casa para dirigirse a un lugar en donde esperaba hallar a Maggie.

El lugar indicado tenía el nombre de *Golden Flash* y, a cada segundo, sobre el dintel de la discreta entrada, brillaba un relámpago dorado. Crane empujó la puerta, atravesó un rellano, enmarcado por unas espesas cortinas de color púrpura, descendió tres escalones y se halló en el interior.

Había dos círculos de mesas en torno a lo que parecía una pirámide de cinco lados, en estrella, sobre cuya cúspide se contorsionaba una jamaicana de piel canela, brillante, pelo explosivo y casi nula indumentaria. La música descendía directamente del techo, por un altavoz gigantesco, que más parecía una campana de chimenea, aunque el volumen no perturbaba los tímpanos de los asistentes, que parecían extasiados, tanto por el

espectáculo como por las notas de la pieza que se interpretaba en aquellos momentos.

Crane, sin embargo, no buscó una mesa, sino que caminó oblicuamente hacia la barra situada en uno de los ángulos de la sala. Había un taburete libre, tomó asiento y pidió un scotch.

A los pocos momentos, se le acercó una hermosa joven de pelo flameante y silueta con innumerables encantos. Ella vestía enteramente de verde, lo que resultaba un extraño contraste con el pelo rojo como el fuego. El escote de su vestido no tenía nada de moderado.

—Hacía un siglo que no te veía por aquí, Eddie —dijo ella.

Crane señaló con el pulsar hacia el barman.

—Pide lo que te apetezca, Linda Owens —sugirió—. Y después del primer trago, dime qué sabes de Maggie Billings.

Linda arqueó las cejas.

—¡Maggie! —repitió.

—Eso he dicho —confirmó él.

La chica pidió tónica, con ginebra y limón. Luego le miró de soslayo.

—No lo sé, Eddie —dijo al cabo.

—¿Cuánto tiempo hace que falta de aquí?

—Psé… Tres, cuatro meses. Un buen día se fue y… Bueno, como si se hubiese evaporado. Pero yo creí que debías de saberlo; hubo un tiempo en que parecíais locos el uno por el otro.

—No lo creas. Congeniábamos mucho, pero sólo hasta ciertos límites. Cuando empezamos a tocarlos, acordamos separarnos.

—Lo siento. —Linda sonrió maliciosamente—. Si buscas una sustituta —añadió, incitante.

—Preciosa, si buscase una sustituta, no te lo habría dicho, ni siquiera hubiese mencionado a Maggie. ¿Me comprendes?

Ella suspiró.

—Sí. Oye, ¿por qué no hablas con Bess Vanloo?

—¿Quién es esa mujer?

—Sé que vivía en la misma casa que Maggie, pero eso debió de suceder después de vuestra ruptura. El departamento de Bess es el inmediatamente contiguo al de Maggie, el
6-C.

—¿Crees que ella puede saber algo?

—Estuve a ver a Maggie un par de veces y parecían muy íntimas. Claro que Bess no viene mucho por aquí…

Crane palmeó la mejilla de la chica.

—Gracias por tus informes, preciosa —se despidió.

Un cuarto de hora más tarde, llamaba a una puerta, que no tardó mucho en abrirse. Crane parpadeó asombrado.

Bess Vanloo era muy alta, casi tanto como él, muy rubia, de ojos azules y de cuerpo exuberante, mal velado por unos metros de tules de color negro. Ahora resultaba una mujer de poderoso atractivo, pero Crane calculó que diez años más adelante, habría ganado otros tantos kilos, por lo menos. Si se juzgaba por el apellido, debía de ser de origen holandés, lo cual le hizo pensar que Rubens no la habría desdeñado como modelo de uno de sus famosos cuadros de asuntos mitológicos.

—Señorita Vanloo, supongo —dijo.

—Sí…

—Me llamo Crane, Eddie Crane. Tengo entendido que usted y Maggie Billings son muy amigas, señorita Vanloo.

La rubia sonrió, a la vez que alargaba una mano.

—Entre, Eddie —invitó sugeridamente—. Es cierto que Maggie y yo somos muy amigas. Por eso sé que usted y ella estuvieron unidos sentimentalmente durante algún tiempo…

Crane advirtió que más que invitarle a entrar, lo arrastraban al interior del departamento. Pero en aquellos instantes, sin saber por qué, no sentía el menor deseo de tomar parte en una aventura amorosa.

—Bueno, tanto como eso —dijo—. Maggie y yo fuimos muy buenos amigos, es todo.

—Ya —sonrió Bess—. ¿Qué quiere de beber, Eddie?

—Mire, señorita Vanloo…

—Por favor, emplee mi nombre —pidió ella mimosamente—. Me disgusta el protocolo.

Crane miró a la holandesa de pies a cabeza. «Y los tejidos demasiado espesos tampoco te gustan», pensó.

—Sí, Bess. ¿Dónde está Maggie?

—No lo sé.

—Vaya —resopló el visitante.

Bess se le acercó con dos copas en las manos.

—Tome un trago, Eddie —invitó—. Deje ahora a Maggie y hablemos de nosotros mismos.

—Hablaremos todo lo que quiera, después de que me haya dicho dónde está Maggie —insistió él.

—Pero… Repito que no lo sé. Un buen día, dijo que se marchaba, que había encontrado un buen empleo y…

—A usted, su mejor amiga, ¿no le dijo adónde se dirigía?

—No.

—¿Qué clase de empleo era?

—Tampoco me lo dijo, Eddie.

—¿Canceló el contrato de su piso?

—Sí.

—Y se llevaría, me imagino, todo su equipaje.

—Exactamente.

Crane dejó la copa a un lado.

—Gracias, Bess.

Ella le hizo una pregunta mordaz:

—¿Eres de hielo, Eddie?

Crane se volvió desde la puerta.

—Ahora venden básculas de baño especiales. Son capaces de aguantar un cuarto de tonelada de peso. Te enviaré una —se despidió.

Bess lanzó un grito de rabia y le tiró la copa, pero la puerta se había cerrado ya y el improvisado proyectil se estrelló contra la madera.

Crane tomó el ascensor, diciéndose que la gestión había resultado inútil. Tal vez, pensó, debería haber empezado por el conserje del edificio, al que interrogó momentos después, sobre el paradero de Maggie.

—¿La señorita Billings? Dijo que había encontrado un empleo, canceló el contrato de su piso y se marchó, hará de ello poco más de tres meses, señor —respondió el conserje, cuya amabilidad había sido estimulada por el joven mediante la entrega de un billete de una libra esterlina.

—¿Y no dijo adónde iba?

—Bueno… yo no quisiera que usted pudiera pensar, que soy un hombre al que le gusta fisgar… pero sí sé que un par de días antes de la marcha de la señorita Billings, ella recibió una carta…

Francamente, no recuerdo el nombre del remitente… Si miré un poco fue más bien por casualidad y… Usted ya me entiende, ¿no?

Crane emitió una sonrisita de circunstancias.

—Sí, le entiendo perfectamente —contestó.

—Recuerdo muy bien que el remitente vivía en Mowreen House, pero no me acuerdo de la localidad. Empezaba por K… seguía una E… y eso es todo, señor. Si le sirve de algo…

—¿Kensington? —sugirió Crane.

—Oh, no, señor; si la carta procediese de Kensington, yo lo recordaría perfectamente. El hombre de la población empezaba por «KE», pero era muy raro. Por eso no lo recuerdo, señor.

Crane suspiró.

No era mucho, se dijo. Pero podía representar una base.

—Gracias, amigo —sonrió.

Y salió a la calle, preguntándose si no estaba perdiendo el tiempo, porque bien podía suceder que la Maggie Billings que había causado la invasión de las ratas con su flauta mágica, bien pudiera ser otra distinta de la que él conocía.

A pesar de todo, un oscuro presentimiento le decía que era la misma.

Tal vez, sus presentimientos se hubieran confirmado, de haberse hallado presente en aquellos momentos en el departamento
6-C.

* * *

—Soy Bess —dijo la rubia exuberante, después de notar que se había establecido la comunicación al otro lado del teléfono.

—¿Vanloo? —preguntó alguien.

Ella emitió una risita burlona.

—¿Conoce usted a muchas mujeres con mi nombre? —Déjese de tonterías y hable. ¿Qué sucede?

—Se trata de Maggie.

—Están buscándola, ¿eh?

—Sí.

—¿Quién?

—Un antiguo amigo suyo.

—¿Cómo se llama?

—Eddie.

—Eddie, ¿qué más?

—Crane.

—Oiga, Bess…

—¿Sí?

—¿Es que no puede decirlo todo de una vez? —tronó el hombre —. ¿Acaso hay que sacarle las palabras con tenazas?

—Pero si ya está dicho todo, tonto.

—¿Todo?

—Sí, todo.

—Menos el domicilio del tal Crane.

—Pregúnteselo a Maggie, ¿quiere?

Sobrevino un momento de silencio. Bess empezó a impacientarse.

—Eh, ¿qué le pasa? ¿Se ha vuelto mudo?

—Bess, quiero hablar con usted.

—Venga a mi casa…

—No. Mañana por la tarde irá un amigo mío a buscarla en su coche. A las cinco, aproximadamente.

—De acuerdo, estaré lista.

—Pasará en mi compañía un par de días. Tráigase lo necesario, Bess. Eso es todo.

CAPÍTULO III

LA muchacha era de buena estatura, delgada, esbelta, de pelo leonado y ojos grises y vestía con notable distinción. Al descender del coche, dejó ver unas piernas muy bonitas, que fueron contempladas con singular agrado por más de un transeúnte.

Cynthia Burke se detuvo en el borde de la acera y miró unos instantes hacia arriba. Después de comprobar que el número de la casa era correcto, echó a andar, subió unas escaleras y tocó un timbre.

La puerta se abrió automáticamente a los pocos instantes. Cynthia se encontró en un pequeño vestíbulo, del que arrancaba una escalera, que conducía a las habitaciones superiores. Alguien, desde el primer piso, gritó:

—¡Buenos días, señora Johnson! ¡No se moleste en preparar el desayuno; ya lo he tomado yo…!

—Perdón, señor Crane; no soy la señora Johnson.

Arriba sonó una exclamación de sorpresa. Instantes después, la visitante divisó a un hombre joven, de pelo oscuro y mirada penetrante, vestido con un kimono japonés y descalzo de pie y pierna.

—No, no es usted mi asistenta —sonrió Crane—. ¿En qué puedo servirle, señorita…?

—Me llamo Cynthia Burke y le traigo una carta de Maggie Billings —respondió la muchacha.

—¡Maggie! —exclamó él, sin poder contenerse—. ¿Quiere subir y hablaremos en mi estudio?

—Sí, gracias.

Cynthia se acercó a la escalera. Momentos después, Crane le entregaba una taza de té.

—Maggie no me habló nunca de usted, señorita Burke —manifestó—. ¿Puede darme la carta?

—Con mucho gusto.

Cynthia abrió su bolso, extrajo un sobre y se lo entregó al dueño de la casa. Crane buscó una plegadera y rasgó el sobre, dentro del cual halló una cuartilla doblada.

Al desplegarla, dijo:

—Muy notable. Lo que sucede es que, si bien Maggie era un tanto inculta y a veces, ponía faltas de ortografía en sus escritos, nunca fue una analfabeta.

Cynthia se extrañó de aquel comentario.

—¿Por qué dice eso? —inquirió.

Crane le enseñó la cuartilla, sujetándola con ambas manos. A su vez, Cynthia emitió un pequeño grito de asombro:

—¡Está en blanco!

—Por las dos caras —confirmó Crane, a la vez que daba la vuelta a la cuartilla.

—No lo comprendo —dijo ella—. Sinceramente, esto es algo… Me enoja muchísimo que Maggie haya querido burlarse de mí, señor Crane.

—Tal vez de los dos —murmuró él, pensativamente—. ¿Cuándo, cómo y dónde le dio la carta?

—La recibí anteayer por correo. Maggie había escrito una simple nota, rogándome que le entregase personalmente el sobre que contenía su carta. En el sobre, como puede apreciar, figura su dirección, señor Crane. Pero no he podido venir hasta hoy…

—Eso no tiene importancia. Ha dicho que esta nota en blanco vino dentro de una carta dirigida a usted, señorita Burke.

—Sí, en efecto.

—¿Conserva el sobre y la nota?

—No. Rompí los dos y luego los tiré a la basura, que ya se llevaron.

Crane suspiró.

—Otra pista perdida —se lamentó.

—¿Busca usted a Maggie?

—En cierto modo. Pero ella no me dijo que usted fuese amiga suya.

—En realidad, nos conocimos hará cosa de seis meses. Maggie vino a visitar al abogado en cuyo despacho trabajo. Simpatizamos bastante y salimos después juntas unas cuantas veces. Luego dejé de

verla y de tener noticias suyas, hasta que anteayer, como digo, recibí su carta.

Cynthia observó que el joven tenía algunas arrugas en la frente.

—¿Se siente preocupado, señor Crane? —preguntó.

—No sé a ciencia cierta por qué, pero es así. ¿Ha oído hablar de la invasión de ratas de Byburn-on-Syne?

—Un poco, no demasiado… Pero ¿qué tiene que ver eso con Maggie?

—Al parecer, bastante. Por favor, señorita Burke, trate de recordar una cosa muy importante… la dirección que Maggie puso en la carta que le dirigió a usted.

—El sobre llegó sin indicación de remitente —contestó la joven.

—¿Vio el matasellos?

—No, no me fijé siquiera. Lo siento, señor Crane…

El dueño de la casa trató de sonreír.

—De todos modos, muchas gracias —dijo—. Me gustaría compensarle en alguna forma de la molestia que se ha tomado, señorita.

Cynthia se puso en pie.

—Todo lo contrario, ha sido un placer —aseguró.

Crane la acompañó hasta la puerta. Antes de salir, Cynthia se volvió hacia él.

—Por favor, si averigua algo de Maggie, llámeme —solicitó, a la vez que le entregaba una tarjeta de visita—. Éste es mi domicilio particular —indicó.

—Así lo haré, señorita Burke.

Crane se quedó solo. Desde la puerta, vio a Cynthia que subía a su coche. Al mismo tiempo, la asistenta llegaba ya a la casa y se apartó a un lado para dejarla entrar.

—Ya he desayunado, señora Johnson —dijo él.

—Muy bien, señor.

Crane volvió a su estudio. ¿Dónde diablos se había metido Maggie?, se preguntó, inexplicablemente preocupado por la suerte de una antigua amiga suya.

* * *

El coche se detuvo ante una casa de sombrío aspecto. Bess Vanloo se apeó y caminó hacia la puerta. El hombre que la había llevado hasta allí, corrió para abrir.

—Tendrá que aguardar unos minutos —dijo, después de que hubieron franqueado el umbral—. Él está muy ocupado… Venga por aquí, señorita.

Bess siguió al individuo, que no había despegado apenas los labios en todo el trayecto, hasta una puerta de la que arrancaba una escalera que se hundía en el suelo. A los pocos momentos, la rubia se encontró en una habitación de forma cúbica, en la que no había más muebles que un taburete metálico.

—Oiga —dijo, muy irritada—, si esto es una sala de espera…

Pero al volverse hacia su acompañante, se encontró sola.

Bess frunció el ceño. Estuvo a punto de lanzarse hacia la puerta para aporrearla, pero logró contenerse. Sentóse en la silla, cruzó las piernas y abrió el bolso, para sacar un cigarrillo.

Pasaron unos minutos. De repente, Bess adquirió la desagradable convicción de que no estaba sola en la estancia.

Había unos ojos que la contemplaban fijamente. Bess volvió la cabeza un poco.

Un fuerte grito se escapó de sus labios en el acto al ver la enorme rata que aparecía a pocos pasos de distancia. El instinto la hizo levantarse de un salto, para, a continuación, subirse al taburete.

—¡Eh, oigan, miren lo que hay aquí…! —chilló.

Otra rata se unió a la primera. Por un agujero situado al pie de una de las paredes, las ratas empezaron a salir, emitiendo agudos chillidos.

Bess se sintió invadida por un terror espantoso. De pronto, una de las ratas saltó hacia su tobillo derecho. Bess quiso alejarla de una patada pero el gesto le costó la pérdida del equilibrio.

Lanzando un horripilante alarido, cayó al suelo. Su cuerpo aplastó a unos cuantos roedores, pero los demás se arrojaron sobre ella en espesas bandadas.

Bess chilló y se debatió espantosamente durante unos minutos. Luego, el número provocó su derrota definitiva.

Media hora más tarde, sólo quedaban en la estancia unos huesos completamente mondos de carne y algunos jirones de ropa.

* * *

Aquella mañana, Eddie Crane encontró una carta muy especial, entre su correspondencia.

En el sobre no había indicación del remitente. El matasellos, por otra parte, señalaba que la carta había sido depositada en un buzón del propio Londres. Finalmente, el contenido de la misiva, harto escueto por otra parte, resultaba claramente amenazador:

«Se le recomienda olvidarse de Maggie Billings. Para su tranquilidad, le diremos que se encuentra en perfectas condiciones, pero lo mejor que puede hacer es no intentar buscarla. Créanos, lo pasaría muy mal».

No había firma en la carta, escrita a máquina, con caracteres de mayúsculas, y el papel era corriente. Pero Crane se dijo que el autor del anónimo le conocía muy poco.

El mensaje estaba redactado en plural, pero no era más que una forma de enmascarar a su autor.

Crane se repantigó en su sillón y entrecerró los ojos.

En aquella carta había algo falso.

Maggie podía estar viva, pero Crane tenía la absoluta seguridad de que sus condiciones no eran todo lo excelentes que afirmaba el autor del anónimo.

Pero, de todos modos, ¿cómo buscarla?

* * *

De repente, Cynthia Burke vio que una joven de su misma edad se paraba frente a ella y la miraba fijamente.

—Tú eres Cynthia Burke —dijo la otra.

—¡Olivia! ¡Olivia Glendowe!

Las dos muchachas se abrazaron y besaron efusivamente.

—Hacía años que no te veía…

—Estás guapísima.

—Tú sí que lo eres. Tendrás pretendientes a manadas, si es que no te has casado ya.

—Sigo soltera.

—Lo mismo que yo.

—Se está muy bien así, créeme.

—Eso mismo pienso también. ¿Vamos a celebrar nuestro encuentro?

—Vamos.

Minutos después, las dos jóvenes estaban sentadas frente a frente, a ambos lados de una mesa. Una camarera trajo dos servicios de té y ellas reanudaron su charla.

—Yo trabajo en el despacho del abogado Castleton —dijo Cynthia—. ¿Qué haces tú ahora?

—De momento, vivo con mis padres. He decidido tomarme una temporada de descanso.

—Tan joven —rió Cynthia.

Olivia también lanzó una alegre carcajada.

—Ahorré un poco en los dos años que duró mi último empleo —explicó—. Me pagaban bien, pero, a pesar de todo, no me gustaba demasiado.

—¿El empleo o el patrón?

—No seas maliciosa… bueno, las dos cosas. El profesor Bathurst era un bicho raro y acabé cansándome de él y de sus experimentos.

—No los haría contigo, supongo.

—Oh, a ese hombre, las mujeres le dejan frío. Pero… sinceramente, hacía cosas que no me gustaban.

—¿Vivisección?

—Casi, aunque no del todo. La verdad, yo no entendía mucho; simplemente, me limitaba a poner en orden su laboratorio y anotar lo que él me dictaba, si bien sospecho que lo hacía en clave, porque jamás logré comprender el sentido de sus frases. Un día acabé cansándome y me marché de Kewistone.

—Ah, Kewistone —dijo Cynthia.

—Sí, está, a unos doscientos kilómetros de Londres. No es un lugar muy atractivo, por otra parte: colinas peladas, páramos, viento casi todo el año… Así que hace cosa de medio año, cobré mi última soldada y me largué con viento fresco hacia los soleados países mediterráneos. He pasado seis meses maravillosos, créeme.

Cynthia contempló el tostado rostro de su amiga y sonrió.

—No me cabe la menor duda. Olivia, me alegro infinito de haberme encontrado contigo —manifestó.

—Digo lo mismo —respondió la otra.

CAPÍTULO IV

—ME gustaría saber si ha comprendido exactamente mis instrucciones.

—Sí, profesor.

—A ver, repítalas, señorita Billings.

Sentada en una silla, muy rígida, con los ojos cerrados, Maggie Billings habló durante unos minutos. Al terminar, Janus Bathurst hizo un leve gesto con la cabeza.

—Está bien —dijo—. Levántese, señorita.

Maggie abrió los ojos y se puso en pie.

—¿Profesor?

—Puede empezar cuando guste. No olvide regresar aquí una vez terminada su tarea.

—Sí, profesor.

Maggie se marchó. Minutos más tarde, una hermosa mujer penetró en la estancia donde había tenido lugar la conversación.

Era alta, de formas rotundas, aunque había en su rostro cierta expresión de dureza que limitaba un tanto su atractivo. El pelo era negro y las pupilas tenían un intenso color verde.

—Hola, Janus.

Bathurst se volvió hacia la recién llegada.

—Todo va bien, Rosie —dijo.

—Mi nombre es Rosamunda —declaró la mujer altivamente—. No me gustan ciertos diminutivos barriobajeros.

—Bueno, bueno, como guste. No he querido ofenderla…

—No me ofenderá, si no vuelve a repetirlo, profesor.

¿Cuáles son las noticias que ha de darme?

—Maggie va a realizar el segundo experimento.

—¿Tendrá éxito?

Bathurst sonrió burlonamente.

—¿No lo tuvo el primero?

—En esta ocasión, se trata de algo distinto, profesor.

—También los medios son algo distintos, pero, claro está, adecuados por completo a la función.

—Muy bien, esperemos, pues, el regreso de Maggie.

Por cierto, ¿qué sabe usted de su amigo Crane?

—Nada. Le enviamos aquella carta y no hemos vuelto a tener noticias. Sólo sé que realiza su vida normal…

Rosamunda entornó los ojos.

—Me gustaría conocerle —dijo de pronto.

Bathurst respingó.

—¿Para qué? —exclamó.

—Para sondear sus intenciones —contestó—. No podemos olvidar que mostró mucho interés por Maggie y que quizá siga conservando sus intenciones de encontrarla. Eso no nos convendría, me parece.

—No, por supuesto…

—En tal caso, iré a verle.

Bathurst se encogió de hombros.

—Usted es la que manda —respondió desabridamente.

—Y pago —concluyó Rosamunda, con acento que no admitía réplica.

* * *

Desde la ventana de su estudio, Crane vio pasar a dos hermosas muchachas, a una de las cuales reconoció en el acto. Sin poder contenerse, alzó el bastidor, se metió dos dedos en la boca y emitió un penetrante silbido.

Cynthia y Olivia volvieron la cabeza en el acto. La primera agitó una mano.

—¿Le conoces? —preguntó Olivia.

—Un poco —sonrió Cynthia—. ¿Quieres subir conmigo?

—Parece un chico guapo…

—Psé, no está mal.

Crane en persona bajó a recibir a las dos jóvenes.

—Lo siento, no pude contenerme —dijo, después de las oportunas presentaciones—. ¿Cuál es la bebida del momento? ¿Tal vez una copita de sherry?

—Se acepta —contestó Cynthia—. ¿Ha vuelto a saber algo de Maggie, señor Crane?

—Primero, no. Segundo, llámenme Eddie —dijo él, mientras ofrecía las copas a sus visitantes—. Sólo tengo una pista, pero ya hace muchos días de ello y aún no he conseguido nada positivo.

De pronto, miró a Olivia.

—Usted viene del sol —añadió, sonriendo.

—Sí —admitió la interpelada.

—Estuvo dos años en un páramo llamado Kewistone, donde no salía el sol ni con recomendación —explicó Cynthia.

—Kewistone —repitió Crane.

—Sí. ¿Conoce esa localidad, Eddie? —preguntó Olivia.

—Nunca he estado allí.

—En tal caso, no vaya. Es el lugar más horrible que se puede uno imaginar.

—Pero usted pasó allí dos años…

—Porque tenía un empleo muy bien pagado, hasta que me cansé y lo dejé —respondió Olivia.

De pronto, Crane frunció el ceño.

—Kewistone —dijo una vez más—. Oiga, ¿sabe si, por casualidad, hay allí una propiedad llamada Mowreen House?

Olivia levantó las cejas.

—¿Quién le ha dicho ese nombre? —inquirió, muy sorprendida.

—Un… conocido. Pero…

—Sí, Mowreen House está en Kewistone —confirmó Olivia.

* * *

Aquella hermosa mujer estaba parada junto al borde de la acera, bajo su paraguas, esperando indudablemente un taxi. Crane la miró un instante y fue a abrir la puerta de su coche, pero, de pronto, impelido por algo superior a su voluntad, se acercó a ella cortésmente.

—Hoy llueve y los taxis escasean, señora —sonrió—. Si me lo permite, yo la llevaría a su casa con muchísimo gusto…

Ella le dirigió una amistosa mirada.

—Acepto encantada su ofrecimiento —contestó—. La verdad, mi coche está con avería, lo cual, en un día como éste, representa un serio contratiempo.

—Me lo imagino —dijo él—. Por favor, señora…

Crane dijo su nombre en el coche, una vez que la hermosa mujer le hubo indicado su dirección. A su vez, ella dijo llamarse

Rosamunda Potter.

—Un nombre tan hermoso como su dueña —elogió Crane.

Charlaron animadamente durante el trayecto. Al llegar a la casa de Rosamunda, ella dijo que le agradaría pagar el favor con una taza de té.

—O un *whisky*, a su elección, señor Crane.

En aquellos momentos, Crane no tenía nada mejor que hacer.

—Será un placer, señora… a menos que haya alguien que pueda sentirse enojado por su amable invitación.

Las espesas pestañas de Rosamunda aletearon insinuantemente.

—Soy la dueña de mis propios actos y a nadie tengo que dar cuenta de lo que hago —declaró.

Momentos después, Crane se hallaba en el interior de un apartamento decorado con mucho gusto. Rosamunda dijo que iba a cambiarse de ropa y que, mientras tanto, su invitado podía servirse a sí mismo lo que más le agradase. Crane aprovechó para ponerse una generosa dosis de escocés; el tiempo, más que frío, era harto desapacible.

Diez minutos más tarde, regresó la dueña de la casa.

Crane se quedó sin aliento. Rosamunda no era una jovencita, ciertamente; él había calculado su edad en unos treinta y cuatro años, Pero su hermosura, realzada por aquel peinador de casi transparentes velos negros, quedaba fuera de toda duda.

—Sírvame a mí otra dosis de lo mismo, señor Crane.

—Sí…, sí, señora…

—Mi nombre es Rosamunda —indicó ella, sonriendo sugestivamente.

Crane tragó saliva.

—Yo…, bueno, me llaman Eddie…

Rosamunda se le acercó peligrosamente.

—Eddie —dijo, con los labios entreabiertos.

—Sí, sí, señora…

—Rosamunda…

Fue algo superior a su capacidad de resistencia. Segundos más tarde, Crane encerraba entre sus brazos la esbelta cintura de la mujer.

Buscó su boca. Rosamunda no le rechazó.

Pero Crane no pudo ver el rápido movimiento de la mano de

Rosamunda, quien, con dos dedos, sostenía una diminuta pastilla blanca, que fue a caer en el vaso mediado del invitado.

Crane acabó el *whisky* más tarde.

Y despertó a la mañana siguiente, bajo la poco satisfactoria impresión de haberse despachado él solito una botella entera de escocés.

Con pasos inseguros, buscó el baño. Después de una larga y tonificante ducha, empezó a sentirse mejor.

Al salir, vio a Rosamunda con una bandeja en las manos.

—Café y aspirinas —dijo ella, sonriendo—. Cuando te sientas mejor, te serviré un desayuno completo.

—Creo que anoche me porté como un descargador del muelle —dijo Crane.

Rosamunda le guiñó un ojo.

—Como una cuadrilla entera de descargadores del muelle —contestó maliciosamente.

* * *

La chica apareció de pronto, en Shomartry, sin que nadie la hubiese visto antes y sin que ninguno de los habitantes del pequeño pueblo tuviese la menor idea de dónde había podido salir.

Era una muchacha bastante atractiva y de figura exquisitamente modelada. Vestía un traje de falda muy corta y zapatos de medio tacón. El pelo quedaba suelto, liso, cayendo sobre la espalda, hasta más abajo de los omóplatos.

La chica tocaba una flauta. Avanzó a lo largo de la calle principal de Shomartry, en medio del complacido asombro de sus habitantes, interpretando una melodía de singular atractivo, atravesó el pueblo por completo y desapareció minutos más tarde.

Un cuarto de hora después, se oyó a lo lejos un extraño zumbido.

Muchos volvieron el rostro hacia el origen de aquel sonido. De pronto, alguien lanzó un grito de dolor, a la vez que se golpeaba la mejilla con una mano.

—¡Maldita avispa! —se quejó—. Me ha clavado su condenado aguijón…

A cien pasos de distancia, se oyó otro chillido de dolor. Por encima del lejano rumor que avanzaba hacia el pueblo, se oían otros zumbidos mucho más cerca, agudos, penetrantes,

estremecedoramente siniestros.

De pronto, alguien divisó a lo lejos una oscura nube que se desplazaba hacia Shomartry con gran rapidez.

Al mismo tiempo, el número de avispas aisladas aumentaba enormemente. Los vecinos iniciaron la lucha con insecticidas, pero tuvieron que abandonar bien pronto el campo de batalla, vergonzosamente derrotados.

Súbitamente, perros y gatos, aterrados, emprendieron una vertiginosa huida. Los habitantes de la aldea, llenos de pavor, se encerraron a piedra y lodo en sus casas, justo en el momento en que una colosal nube de avispas enfurecidas se abatía sobre el lugar.

Había millones y millones de aquellos insectos, que cubrían literalmente casas y objetos que se hallaban a la vista. Ciertamente, las puertas y las ventanas, cerradas, impedían que las diminutas fieras penetrasen en el interior de las viviendas.

Pero los habitantes de Shomartry olvidaron que las avispas tenían un camino franco: las chimeneas de las casas. Cuando los primeros insectos empezaron a descender por los ennegrecidos cañones, se oyeron unos terribles alaridos.

Las puertas se abrieron y la gente, enloquecida, escapó a la calle, sólo para caer bajo el asalto de infinidad de minúsculas bestezuelas, que picaban con furia demoníaca. Varios consiguieron escapar en sus coches, pero la mayoría, con algunas avispas a bordo, se estrellaron, cuando sus conductores perdieron el dominio del volante, en un lógico deseo de liberarse de los dolorosos aguijonazos de las avispas.

Poco después, decenas de cuerpos, monstruosamente hinchados, yacían en el interior de las casas o en el centro de la calle, junto con cientos de miles de avispas muertas.

Pero aún quedaban muchas más vivas y éstas alzaron el vuelo, transformadas en una sonora nube, cuyo zumbido se alejó rápidamente, hasta que el silencio de la muerte hubo caído sobre la aldea.

* * *

La tragedia de Shomartry impresionó profundamente al país.

Nadie se imaginaba cómo podía haberse producido un hecho semejante. Shomartry no se hallaba precisamente en una comarca cuyo clima, ambiente y vegetación facilitasen la vida de tales

insectos. Pero los hechos no se podían negar en modo alguno.

Ciertamente, había supervivientes, aunque su historia no fue creída por nadie. Científicos, biólogos y entomólogos se aplicaron a esclarecer el mortal fenómeno, sin que nadie consiguiera una explicación medianamente satisfactoria.

En medio de todo, Shomartry era un centro rural cuya población no pasaba de cien habitantes. Pero más de la mitad habían muerto.

Alguien dijo que tal vez lejanas radiaciones, consecuencia de explosiones nucleares, mal controladas, habían provocado la súbita proliferación de los himenópteros. Aquello, a su vez, era en realidad una explosión de natalidad, sin precedentes en los anales científicos, salvo en el caso de plagas de langosta, pero éstas, dijeron los entomólogos consultados, sólo se producían en países cálidos.

Sin embargo, la invasión de avispas había sido un hecho y ello había causado más de cincuenta muertes. Era preciso encontrar el origen de tal invasión, a fin de evitar se repitiera en otra población mayor, en cuyo caso, las consecuencias resultarían incalculables.

Crane leyó las noticias sobre el particular.

—También en Byburn-on-Syne hubo invasión de ratas, pero allí no se produjeron sino un par de muertes —comentó para sí, después de enterarse ampliamente de lo ocurrido.

De repente, sonó el teléfono.

—Soy Cynthia —dijo una agradable voz femenina.

—Hola, ¿qué tal se encuentra?

—Bien, Eddie. Óigame, ¿ha leído esa cosa tan horrible que ha pasado en Shomartry?

—Por supuesto. Debió de ser espantoso, ¿no le parece?

—Horrible. Pero yo le llamo porque, precisamente esta mañana, uno de los habitantes de esa aldea, vino a visitar a mi principal. Estuve hablando con él y me contó el principio, de lo sucedido. ¡Vio a Maggie, Eddie!

—¿Cómo?

—A menos, según lo que me dijo a mí, era Maggie. Ese hombre tenía ya el coche en marcha para venir a Londres, cuando vio a la chica que tocaba la flauta… como en Byburn-on-Syne.

—No puede ser, Cynthia…

—La descripción que me dio ese hombre corresponde completamente a la de Maggie —insistió la muchacha.

Crane reflexionó unos momentos.

—Cynthia, yo quería haber ido a Kewistone, pero un trabajo inesperado me ha retenido en Londres más tiempo del que calculé en un principio —dijo al cabo—. Ahora ya estoy libre y… Mañana es sábado. ¿Qué le parecería una excursión a Kewistone?

—Magnífico, Eddie. Casi no me atrevía a proponérselo yo…

Crane se echó a reír.

—¿A qué hora paso a buscarla con el coche? Pronto, ¿no?

—Eddie, a las ocho en punto estaré en el portal de mi casa —aseguró la joven.

CAPÍTULO V

CRANE frenó la marcha del automóvil al llegar al punto más alto de la pendiente. Desde allí, a cosa de mil quinientos metros, podían divisar Kewistone con toda facilidad.

Tratábase de una población pequeña, con un par de calles paralelas, cruzadas por media docena de calles transversales. Las casas eran de un solo piso, sin excepción, con tejados picudos de pizarra y chimeneas que despedían el humo oblicuamente, a causa del viento que silbaba con cierta intensidad.

El ambiente era tristón, deprimente. Los campos, casi llanos, tenían un color casi uniformemente gris. Había muy pocos árboles. De cuando en cuando, se divisaba algún rebaño de ovejas, que pastaban aburridamente en los prados más bien pequeños que había esparcidos en torno a la población.

A la izquierda, hacia el Sudoeste, se veía una casa aislada, entre los árboles, casi la mayor parte de cuantos había en aquellos parajes. Aquella casa, a su vez, era la única de planta y piso.

—Bien, eso debe de ser Mowreen House —dijo Crane, después de unos minutos de silencio.

—Y allí tiene que estar Maggie —añadió Cynthia.

—Tengo ganas de hablar con ella y saber por qué me envió una cuartilla en blanco —musitó él—. ¿Se atreve a ir a Mowreen House?

—No creo que se nos coman, Eddie.

Crane embragó y el coche arrancó de nuevo. A unos mil metros de distancia, encontraron una desviación que conducía directamente al objetivo.

Poco después, se detenían ante el edificio. La puerta se abrió casi en el mismo instante.

Un hombre de unos cuarenta años, grueso, fornido, con doble papada y ojos muy pequeños y juntos, apareció en el umbral.

—¿Qué desean? —preguntó.

—Yo soy Eddie Crane —se presentó el joven—. Ella es Cynthia Burke. Ambos deseamos hablar con la señorita Billings.

—Está bien, pasen; iré a consultarle si puede recibirles —dijo el individuo.

Crane y Cynthia entraron en la casa, grande, de estilo antiguo, aunque con poca gracia. La escalera que conducía al piso superior no se hallaba a la vista, aunque Crane supuso debía de hallarse detrás de una de las cuatro puertas que se veían en aquel amplio vestíbulo.

El individuo desapareció por la puerta más alejada de la derecha. Momentos más tarde, se hizo nuevamente visible.

—Tengan la bondad de seguirme —dijo.

Los visitantes entraron en un salón, decorado con muebles antiguos, aunque no muy agradables a la vista. Había un par de cuadros de escaso valor, colgados de las paredes y una chimenea ennegrecida y desprovista de los morillos y de los hierros necesarios para atizar y mantener el fuego.

El conjunto resultaba deprimente.

—Aquí no se han molestado en arreglar la casa —dijo Crane.

—Con estos paisajes, la verdad, hacer una cosa así sería una tontería —respondió Cynthia.

—Cierto. Yo no viviría aquí, ni aunque me lo pagasen a peso de oro.

Pasaron un par de minutos. De pronto se abrió la puerta.

—¡Maggie! —exclamó Cynthia.

Crane contempló a su antigua amiga. Maggie tenía la piel del rostro muy blanca, casi cerúlea, aunque, por lo demás, parecía hallarse en perfectas condiciones, ya que su silueta no había perdido los contornos que la hacían tan atractiva. Ahora, Maggie vestía con notable mesura: *pullover* de cuello alto y falda hasta las rodillas, en contraste con los audaces trajes a que tan aficionada había sido hasta entonces.

—¿Qué tal? —sonrió el joven.

Maggie sonrió a su vez.

—La verdad, no os esperaba —dijo, mientras avanzaba hacia los visitantes—. Ni tampoco me imaginaba que Eddie fuese amigo tuyo, Cynthia.

—Nos conocimos por casualidad —replicó la aludida.

—Y ninguno de los dos teníamos noticias tuyas, así que, en cuanto supimos que estabas aquí, decidimos venir a visitarte —agregó Crane.

—Gracias. Me encuentro perfectamente. ¿Puedo seros útil en algo?

—Oh, no, con saber que estás bien, es suficiente. ¿Trabajas aquí, Maggie?

—Sí, tengo un buen empleo. Es bastante sujeto, pero, en cambio, está muy bien pagado.

—Eddie y yo nos hemos hecho buenos amigos —intervino Cynthia—. Se nos ocurrió hacer una excursión por los alrededores y, al saber que estábamos cerca de Mowreen House, pensamos que te agradaría nuestra visita.

—Sí, me siento encantada —contestó Maggie.

De pronto, Crane creyó notar que las respuestas de Maggie resultaban frías, casi mecánicas. ¿Hablaba de aquella forma porque, en realidad, no recibía ningún placer de la visita o existía alguna otra razón para que se comportase con tal distanciamiento?

Acaso, pensó suspicazmente, había micrófonos ocultos en alguna parte. Resuelto a hacer una prueba, sacó una libreta de notas y escribió rápidamente una indicación, dirigida a Cynthia: «Siga hablando; entreténgala».

Cynthia leyó la nota y, aunque asombrada, accedió a la que consideraba insólita petición. Crane, por su parte, recorrió la estancia, pisando sin hacer ruido, en busca de un posible micrófono oculto.

Había demasiadas cosas donde ocultar, un sensible micrófono, decidió al cabo. Pero, repentinamente, se fijó en la chimenea desguarnecida.

También podía ser un excelente medio de escucha, se dijo. El cañón llegaba al tejado, pero, en el camino, un agujero, que podría abrirse y cerrarse a voluntad, podía servir para oír cuanto se hablase en el salón.

Mientras, Cynthia continuaba charlando con Maggie de temas indiferentes. Maggie, por su parte, no parecía sentirse extrañada de lo que hacía su amigo.

Al cabo de unos minutos, Crane regresó junto a las dos mujeres y volvió a escribir una nota, ahora dirigida a Maggie: «¿Por qué me

escribiste una carta en blanco, enviada por mediación de Cynthia?».

Puso la agenda frente a Maggie. Ella leyó la nota y, claramente, dijo:

—No sé nada, Eddie.

—Bueno, pues no queremos seguir molestándote más —exclamó Crane con acento intrascendente—. Cuando puedas ir a Londres, nos gustará salir contigo una noche.

—Gracias, Eddie.

Crane empujó a Cynthia hacia la salida.

—No dejes de escribirme una postal de cuando en cuando —se despidió al visitante de su amiga.

—Descuida —contestó Maggie.

El individuo robusto, de ojos diminutos, apareció en el vestíbulo y les acompañó hasta la puerta. Crane murmuró unas breves palabras de adiós y salió junto con la muchacha. Subieron al coche, Crane hizo arrancar el motor y el vehículo se puso en marcha inmediatamente.

Cynthia tardó un rato en hablar. Cuando al fin lo hizo, fue para formular una pregunta:

—¿Qué le parece, Eddie?

—De momento, muy extraño. Sinceramente, no sé qué pensar. Me dio la sensación de que Maggie se sentía muy vigilada y que no se atrevió a comprometerse. ¿No lo cree así?

—Yo pienso otra cosa —dijo Cynthia.

—¿Qué es?

—Maggie estaba narcotizada.

Crane meditó sobre aquellas palabras.

—Pudiera ser —murmuró poco después—. Por lo menos, le han condicionado la mente mediante la ingestión de drogas que no anulan su capacidad habitual, pero que le impiden dar respuestas perniciosas para alguien.

—Sí, pero ¿quién?

—El Profesor Bathurst, no puede ser otro.

Cynthia reclinó la cabeza en el respaldo del asiento.

—Resultaría interesante averiguar a qué se dedica ese individuo, ¿no cree?

—Desde luego, aunque no veo la forma de conseguirlo.

—Ya pensaré algo —contestó la muchacha, resuelta—. Con

franqueza, no se puede decir que Maggie y yo seamos amigas de toda la vida, pero había llegado a simpatizar bastante con ella, y el hecho de que se encuentre sometida a una situación poco conveniente, no acaba de gustarme del todo.

* * *

De pronto, el domingo por la noche, Crane recibió una llamada telefónica.

—Me gustaría hablar contigo —manifestó Linda Owens.

—Bien, pero el *Golden Flash* cae un poco lejos…

—No estoy en el *Golden Flash,* sino en mi casa y ésta queda bastante más cerca. ¿Puedo ir a la tuya, Eddie?

—Encantado —aceptó Crane, a fin de cuentas, bastante aburrido en aquellos momentos.

Linda llegó veinte minutos más tarde. El pelo era ahora rabiosamente amarillo y su vestido, con el escote acostumbrado, era de un explosivo color rojo.

Crane tenía preparadas ya dos copas y entregó una a la atractiva visitante. Luego le indicó un cómodo diván.

—Siéntate, hermosa.

Linda sonrió, a la vez que cruzaba las piernas, puestas al descubierto por la falda totalmente abierta en el lado izquierdo.

—Cuidado, no he venido a dejarme conquistar —avisó maliciosamente.

—Me siento defraudado —rió él—. Y yo que había llegado a pensar que estabas aquí solamente por mi irresistible atractivo viril…

—Bueno, quizá haya tiempo para todo, pero ahora quiero decirte algo que me preocupa, Eddie.

—Empieza cuando gustes, Linda.

—Bess Vanloo ha desaparecido.

Crane arqueó las cejas.

—No es por criticarla, pero esa joven me pareció del tipo capaz de desaparecer sin avisar a nadie… acaso en compañía de un fulano, con la cartera rebosante de buenos billetes de Banco. ¿Es que acaso temes algo, Linda?

Ella hizo una mueca.

—Bess me dijo que iba a estar dos o tres días fuera. Un buen negocio, según manifestó. Pero ha pasado ya más de una semana y

no ha vuelto. Dijo que a su regreso me llamaría para pagarme una cena en el Savoy.

—No te preocupes; el tipo con el que se fue, se siente muy a gusto a su lado y no quiere soltarla…

—Eddie, sinceramente, yo temo lo peor. Aunque ella no me dijo nunca nada, ni creo que lo comentase con otras personas, somos muchos los que sabíamos que andaba en negocios poco limpios. Chantaje, sobre todo, ¿comprendes?

Crane se puso instantáneamente serio.

—Habla de una vez —invitó—. ¿Qué es lo que sospechas?

—Es bien sencillo. Bess hacía chantaje a alguna persona, cálculo que a un hombre, posiblemente casado y en muy buena situación. Pero el individuo debió de cansarse de ser explotado continuamente, la citó en alguna parte… Y a estas horas, Bess está enterrada bajo dos metros de tierra.

—En algún jardín, de una lujosa residencia…

—Puede que tengas razón, a juzgar por el nombre del lugar donde me dijo pensaba acudir —contestó Linda.

—Bien, ¿cuál es el nombre?

—Mowreen House, pero no sé dónde está esa residencia.

Crane dejó de sonreír en el acto.

—Linda, ¿estás segura de que Bess pronunció ese nombre? —preguntó.

—Absolutamente —contestó la atractiva visitante.

Hubo una corta pausa de silencio. Luego, Crane hizo una pregunta:

—Linda, ¿por qué has venido a verme a mí?

—Toma, eres detective…

—Sospecho que estás muy equivocada. Soy físico teórico y jamás he tomado parte en una investigación policial.

Ella se quedó con la boca abierta.

—Pues… yo hubiera jurado que eras un detective privado… Maggie —dijo siempre que eras un tipo listísimo, que resolvías casos inextricables…

—Es otro género de investigación. Yo hago cálculos sobre determinadas teorías y alguien las comprueba y me comunica los resultados. En caso negativo, sigo investigando sobre el mismo tema; si el resultado es positivo, me indican un nuevo problema y

trato de resolverlo. Eso es todo, preciosa.

—Bueno, he metido la pata…

Crane se echó a reír.

—No te preocupes —dijo—. Te serviré otra copa y… ¿Quieres que te diga con franqueza lo que pienso de Bess Vanloo?

—Sí, por favor.

—Es muy sencillo: su víctima le pagó una, última y más importante suma de dinero, bajo la condición de que abandonase el país para siempre. Bess no es tonta del todo y debió de comprender que un nuevo toque al limón que le surtía de jugo podía resultarle perjudicial y emigró con la bolsa bien repleta.

—Pudo ser, en efecto —convino Linda, algo más animada—. Oye, ¿sabes que ahora me siento mucho mejor?

—Lo celebro —sonrió Crane, mientras le entregaba la segunda copa. Por nada del mundo pensaba decir a su guapa visitante que había estado la víspera en Mowreen House. Además, nada de lo que hiciera en aquellos momentos, evitaría lo que posiblemente ya había sucedido—. A propósito, ¿tienes prisa?

Linda sonrió, a la vez que le miraba por encima de la copa.

—Ninguna —contestó.

—Está lloviendo —dijo Crane.

—Sí, y aquí hay un ambiente muy agradable.

—¿Lo dices por la temperatura o por el habitante de la casa?

—Por los dos —repuso ella con ardiente mirada.

CAPÍTULO VI

INESPERADAMENTE, sonaron unos fuertes timbrazos en la puerta de la casa.

Crane estaba descalzo y vestido solamente con el pantalón corto del pijama, en el cuarto de baño y, con el cepillo de dientes en la mano, salió al descansillo superior de la escalera, desde el que tocó el resorte del mando eléctrico de apertura de la puerta.

Un hombre, cubierto con un impermeable, entró inmediatamente.

—¡John! —exclamó Crane, atónito al reconocer a su amigo el zoólogo.

—Eddie, termina de vestirte inmediatamente —dijo White—. Tenemos que salir de Londres cuanto antes.

Crane miró pasmado al visitante.

—John, ¿qué diablos sucede? —exclamó.

—¿Te gustaría hacer una visita a Byburn-on-Syne?

—Oh… —Crane se quedó parado un segundo, pero reaccionó casi en el acto—. Está bien, me vestiré enseguida, pero ni siquiera he desayunado, John.

—Tengo en el coche bocadillos y un termo con té. Vamos, date prisa, no podemos perder un minuto más de lo absolutamente necesario.

Crane retrocedió hasta el baño, mientras White quedaba al pie de la escalera. Unos segundos después, alguien se hizo visible, bostezando lánguidamente, a la vez que se quejaba de un visitante intempestivamente madrugador.

—Eddie, cariño, tienes unas relaciones de lo más enojoso —dijo Linda, entre bostezo y bostezo.

Abajo, White contemplaba boquiabierto a la hermosa morena que había surgido de forma tan inesperada. A su vez, Linda contempló con ojos de pasmo al desconocido que se hallaba en el

vestíbulo y de quien había llegado a creer, todavía sumida en las brumas del sueño, que ya había abandonado la casa.

White emitió una risita.

—Hola —dijo.

Linda movió una mano.

—Hola —contestó.

Crane terminó de vestirse en menos de diez minutos. Desde el descansillo, lanzó un grito a su huésped:

—¡Linda, la casa es tuya! Yo me marcho y no sé cuándo volveré. Prepárate el desayuno a tu gusto, ¿está claro?

El joven descendió los escalones a saltos.

—Vamos, John —dijo—. Me siento terriblemente intrigado.

Una vez en el coche, White le pasó una caja en la que había bocadillos y un termo.

—Deja algo para mí; ya me relevarás en el volante cuando hayas terminado —dijo.

—Conforme, pero empieza a hablar, John. ¿Qué pasa en Byburn-on-Syne?

—Recuerda lo que te dije de los *lemmings*. Suelen emigrar cada cuatro años, aproximadamente, y forman bandadas compuestas por millones de individuos. La especie se multiplica prodigiosamente, de tal forma, que la migración es la única forma de limitar esa inconcebible explosión de natalidad. Jamás se paran y su número no sólo no se agota durante la marcha, sino que se incrementa con el nacimiento de miles y miles de crías. Al fin, llegan al mar y se lanzan al agua, sin detenerse en absoluto, y nadan hasta que se ahogan, pero su número es tal que, incluso, en ocasiones, llegan a obstaculizar la navegación. Por supuesto, las aves marinas se dan unos banquetes fantásticos, así como los peces de buen tamaño… y eso ocurre, como digo, aproximadamente cada cuatro años.

—El *lemming* es un roedor —dijo Crane.

—Sí, de pelaje gris y de unos quince centímetros de longitud. Pero todo lo que te he dicho no es sino una especie de información comparativa, Eddie.

—¿Cómo?

—Tengo entendido que tú has realizado estudios teóricos sobre los ultrasonidos —dijo White.

—Sí, en muchas ocasiones. Pero, no entiendo qué tiene eso que

ver con la migración cuatrienal de los *lemmings*.

—Quizá más de lo que te piensas, porque vamos al pueblo que resultó destruido por una formidable invasión de ratas.

Crane tenía el sándwich a mitad de camino de la boca y detuvo el gesto.

—Conque es eso —murmuró.

—Sí. A mí me han llamado como zoólogo y yo di tu nombre, como un especialista en ultrasonidos. ¿O es que ya no recuerdas la flauta de Maggie Billings?

Crane continuó desayunando, sumamente pensativo.

—Según tengo entendido, emitía una melodía de gran belleza armónica —dijo.

—La cual podía enmascarar, perfectamente, una llamada hecha con ultrasonidos, que fue la que atrajo a las ratas —repuso White.

Antes de llegar al pueblo, vieron ya en lo alto numerosas aves que se movían en torno a un determinado punto, situado en lo más profundo de una hondonada abundante en vegetación y muy fragosa. A los pocos momentos, un policía uniformado detuvo el coche.

White le enseñó un par de tarjetas. El agente señaló una desviación cercana.

—Por allí —indicó—. El inspector Bromliss está al cargo de todo, señores.

Crane metió el coche por el camino secundario, el cual, a través de una serie de colinas cubiertas por completo de arbolado, les condujo hasta un puesto de control, guardado por soldados.

Un oficial se acercó al coche y examinó los dos pases.

—Les estábamos aguardando —manifestó.

—Gracias, capitán —dijo White.

Cuatrocientos metros más adelante, un sargento les ordenó estacionar el coche.

—Tendrán que seguir a pie, señores —indicó.

Crane y su amigo se apearon. Inmediatamente, percibieron un extraño olor que flotaba en el ambiente, además de una extraña elevación de la temperatura.

El olor, sin llegar a ser demasiado molesto, no tenía nada de agradable. Por encima de ellos, revoloteaban espesas bandadas de pájaros, en su gran mayoría aves marinas, sin que faltasen tampoco

algunas águilas y hasta cuervos, grajos y cornejas. A pesar de que el día estaba nublado, Crane pudo ver ciertas oscilaciones en la atmósfera, como las producidas en un suelo desértico, a consecuencia del calentamiento producido por el sol.

Pero allí, el sol brillaba por su ausencia. ¿Qué era lo que originaba el extraño fenómeno?

Cien pasos más adelante, divisaron una espesa valla de fuerte red de alambre, sujeta a postes hincados a intervalos regulares. En torno a la valla, que parecía de enorme longitud, patrullaban soldados armados hasta los dientes.

Crane apreció que los soldados parecían sumamente inquietos. El mal olor se acentuó a medida que se acercaban a la valla.

Un hombre, tocado con sombrero hongo, se acercó a ellos.

—Inspector Bromliss —se presentó.

—Soy John White —dijo el zoólogo—. Le presento al doctor Crane.

—Doctor en Ciencias Físicas —puntualizó el mencionado.

—Es un placer tenerles con nosotros, señores —manifestó el hombre de Scotland Yard—. Francamente, empezamos a sentirnos preocupados… pero mejor será que se acerquen un poco más y vean con sus propios ojos lo que sucede.

Crane y su amigo avanzaron veinte pasos más y llegaron a la valla de red metálica. Entonces, vieron algo que les hizo pensar se hallaban bajo el influjo de una horrible pesadilla.

La hondonada era de forma aproximadamente circular y tenía unos cuatrocientos metros de diámetro, con las paredes en forma de embudo y de pendiente bastante suave, excepto en un punto situado hacia el Nordeste, en que había una especie de farallón rocoso, que amparaba la entrada a una cueva cuyas dimensiones completas no se podían apreciar desde el lugar de observación.

La valla quedaba a unos ciento cincuenta pasos del borde de la hondonada, que se hallaba ocupada por cientos de miles de seres de color grisáceo y tan grandes como gatos. Crane se sintió aterrado al ver aquella espantosa masa de roedores, que permanecían en un estado próximo a la letargia, aunque no dormidos del todo. Podía captar asimismo el brillo de infinidad de chispitas rojas, que eran las pupilas de las ratas, cuyo número le pareció infinito.

Aquella colosal muchedumbre de ratas era la causa de la

elevación de la temperatura en el lugar, del horrible olor que se percibía en el ambiente y, en fin, de las innumerables aves que habían acudido atraídas por fáciles y apetitosas presas.

De cuando en cuando, una gaviota, un águila o un grajo, descendían en picado y se apoderaban raudamente, con las garras o los picos, de una rata, llevándosela para devorarla lejos de allí. Pero el horror no terminaba solamente con lo que quedaba a la vista.

—Dentro de la cueva, cuyas dimensiones, según los habitantes del lugar, no han podido jamás ser calculadas con exactitud, hay más ratas. Cientos de miles, millones de ratas más, caballeros —informó Bromliss.

Un militar de uniforme se acercó al grupo y saludó rígidamente.

—Coronel Dwistle, al mando de la tropa que se ha hecho cargo de la vigilancia en esta zona —se presentó—. Si son ustedes los científicos a quienes aguardábamos, les ruego expongan sus opiniones con la mayor brevedad posible —solicitó con cierta impaciencia.

—¿Cuáles son sus órdenes, coronel? —inquirió White.

—Exterminar las ratas, señor. —Dwistle soltó una amarga carcajada—. Jamás llegué a creer que un día pudiera acabar como sustituto de unas cuantas toneladas de arsénico —añadió sarcásticamente.

—El veneno no mataría a las ratas, señor. Ahora se encuentran en estado semiletárgico y, probablemente, no comerían un solo bocado de la más apetitosa carne. Si se las quiere exterminar, y creo que es lo conveniente, dado que existe el peligro de infección, propagado por las aves que, de cuando en cuando, se llevan una presa, lo mejor es el fuego.

—Yo había pensado en unas cuantas bombas…

—No, coronel —contradijo White firmemente—. Tal vez las explosiones lanzarían a lo lejos a algunas ratas, que conseguirían sobrevivir. En todo caso, vuele la boca de la cueva y luego cerciórese por sus hombres de que no tienen ninguna otra salida. Sinceramente, creo que es la mejor solución.

—Yo también lo pienso así —intervino Crane—, Dwistle, algunos helicópteros podrían lanzar abundantes bolsas de plástico, llenas de petróleo. Luego se arrojarían algunas bombas incendiarias, de pequeño poder explosivo…

—Es una buena idea —aprobó el militar—. Iré a comunicarlo al alto mando inmediatamente. Mientras tanto, mi segundo, el capitán Robinson, colaborará con ustedes en cuanto estimen necesario.

Dwistle se marchó hacia el «*jeep*» de mando, en el que había una emisora de radio. El capitán Robinson vino a poco y ofreció sus servicios a los dos científicos.

—Yo necesitaré unas cuantas ratas de ambos sexos —manifestó White—. Debo hacer análisis y estudios a fondo, con objeto de conocer qué ha motivado tan súbito aumento de su natalidad y también las causas por las cuales se han congregado en este lugar.

—Procuraremos complacerles, señor White —dijo Robinson—. Según los vecinos de Byburn-on-Syne, las ratas, después de destruir la aldea, emigraron a esta hondonada. En los primeros momentos, nadie sabía adonde habían pedido marchar, después de su invasión: pero, a los pocos días, empezaron a verse gran cantidad de pájaros. Entonces, algunos, atraídos por ese extraño fenómeno, vinieron aquí…

—Y avisaron al Yard y yo me puse en contacto con el Ejército —exclamó Bromliss.

—Pero alguien guió a los roedores hasta la aldea. Aquella chica de la flauta encantada —dijo Robinson—. Es decir, si no les parece un cuento de magia.

White se volvió hacia su amigo.

—Eddie, es tu turno —invitó.

—La flauta pudo ocultar un emisor de ultrasonidos, con la frecuencia especial para excitar la atención de las ratas y conducirlas, digámoslo así, hasta el objetivo —opinó Crane—. Por supuesto, mi amigo el profesor White tendrá que estudiar el sistema auditivo de algunas de esas ratas, mientras que yo trato de encontrar la frecuencia empleada en esta llamada.

—Y yo buscaré los motivos —dijo Bromliss resueltamente—. Porque no podemos olvidar que lo que sucedió fue algo deliberadamente provocado y que murieron un par de personas. Todo ello, sin contar con los daños materiales, que son elevadísimos.

Crane pensó en Maggie inmediatamente. ¿Qué horribles causas le habían llevado a aquella venganza, de tan espantoso refinamiento?

White había traído varias jaulas en la parte posterior de su automóvil. Varios soldados atravesaron la valla y, con grandes precauciones, se acercaron a las primeras filas de ratas.

Mientras los soldados capturaban unos cuantos ejemplares, valiéndose de largas pinzas, Crane pensó en otro extraño fenómeno que se había producido, éste con una cantidad de víctimas humanas muy superior.

¿De dónde habían salido las avispas que habían atacado Shomartry?

—John, estoy acordándome de las avispas… —empezó a decir, pero White le interrumpió casi en el acto.

—No te preocupes, Eddie; ya hay varios reputados entomólogos ocupándose del caso. Aunque tu colaboración sobre el tema de los ultrasonidos puede resultar muy útil.

Las jaulas con las ratas fueron cargadas en el coche del zoólogo. El coronel Dwistle vino poco después.

—El plan propuesto ha sido aprobado —manifestó—. Dos escuadrones de helicópteros de la armada están siendo alistados en la forma sugerida. Después, se procederá a la destrucción de la boca de la cueva mediante explosivos, seguramente lanzados también desde helicópteros.

Crane se volvió hacia su amigo.

—John, ¿es necesario que nos quedemos? —consultó.

—No me gusta ni soy un tipo morboso, pero creo que debo hacerlo —respondió el interpelado.

—Vayan al camión cantina —les aconsejó el coronel Dwistle—. Los pases que llevan serán suficientes para que les faciliten comida y bebida, aunque no licor, por supuesto.

—Es una excelente idea, coronel. Muchas gracias.

Crane y White retrocedieron hasta las cercanías del segundo puesto de control, en donde un sargento mayor les llenó sendos platos, entregándoles, además, vasos de té. Después de comer, los dos amigos aguardaron pacientemente la llegada de los helicópteros.

A las tres de la tarde, aparecieron en el cielo doce moscones metálicos, el ruido de cuyos motores alejó momentáneamente a las aves. Diez de ellos lanzaron grandes recipientes de plástico, que contenían petróleo, algunos de los cuales se rompieron al chocar

contra la masa de roedores. Los dos restantes arrojaron unas cuantas bombas incendiarias.

Una colosal llamarada se alzó casi instantáneamente, seguida de un terrible sonido, que era la aglomeración de millones de chillidos de rabia e impotencia. El brillante chorro de fuego de los primeros momentos, fue sustituido poco después por una densísima nube de humo negruzco, de la que se desprendía un hedor espantoso.

Los helicópteros hicieron un segundo viaje, con más petróleo. El olor de los roedores quemados se expandió a decenas de millas de distancia. Crane llegó a pensar que ello le dejaría el estómago revuelto para el resto de sus días.

CAPÍTULO VII

CYNTHIA no pudo contener un gesto de asco, cuando el joven le hubo relatado los incidentes de su viaje a las inmediaciones de Byburn-on-Syne.

—Sí, he visto algunas fotografías y también imágenes de la televisión —dijo la muchacha, después de que él hubo terminado su relato—. Debía de ser horrible, Eddie.

—No hay palabras para describir semejante espectáculo. Creo que no lo olvidaré mientras viva —declaró Crane.

—Bien, ¿y qué piensa hacer ahora?

—Me he pasado la noche casi en vela, tratando de hallar una fórmula, siquiera sea teórica, que permita resolver algunos problemas prácticos —contestó él—. Pero, en buena parte, mis trabajos dependen de lo que haga mi amigo el zoólogo.

Cynthia sabía, ya qué John White intervenía en el problema.

—Lo que no me explico es cómo pudieron surgir, prácticamente de repente, tantas ratas —dijo.

—Es lo que tratamos de averiguar, aunque no cabe la menor duda de que, en las semanas previas a su asalto a la aldea, estuvieron en la cueva, multiplicándose con espantosa rapidez, como si la propagación de la especie fuese la fabricación de las armas que ese ejército había de emplear en la invasión. Luego, cuando alguien juzgó que el número era conveniente, puso una flauta en las manos de Maggie Billings y la envió a Byburn-on-Syne.

—¿Por qué a ella precisamente, Eddie?

Crane sonrió.

—Tengo el proyecto de realizar un segundo viaje a Mowreen House —manifestó.

—¿Cuándo?

—El próximo sábado. Pero esta vez, no llamaré a la puerta. Esperaré a que llegue una hora avanzada y entonces me colaré en la

casa como un ladrón.

Cynthia sonrió de un modo singular.

—Eddie, creo que el próximo sábado van a entrar dos ladrones en Mowreen House —dijo.

Crane enarcó las cejas.

—¿Usted también?

—Si no le importa…

—Al contrario, me encantaría.

Con ojos de asombro primero, de furia después y, finalmente, llenos de desdén, Horatio Elphinstone Ducelay, undécimo conde de Bosley, leyó la carta que le había llegado aquel día a su residencia de Bosley Manor, escrita por alguien a quien había olvidado ya hacía muchos años:

«Me usaste a tu antojo durante el tiempo que te resulté agradable y luego me lanzaste a un lado, como un trapo usado. Podría exigirte dinero y tú pagarías de buena gana, con el fin de no provocar un escándalo que arruinaría tu matrimonio. Te casaste casi pobre y el enlace con tu esposa rehízo tu fortuna, justo a tiempo de evitar la quiebra. Pero no aceptaría de ti un solo penique; los hombres de tu clase no merecen que se les pida dinero para salvar la vida.

»Lo único que deseo es castigarte como mereces y eso sucederá muy pronto, pero te advierto de antemano que será inútil que contrates guardaespaldas y perros policías, ni tampoco podrán defenderte todas las vallas y muros que levantes alrededor de tu casa. Nada ni nadie conseguirá salvarte de mi venganza».

Después de leer la carta, Ducelay torció el gesto, porque su contenido le había hecho acordarse de repente de un pecadillo de juventud que ya creía olvidado. Arrugó el papel con una sola mano y lo lanzó a las llamas de la cercana chimenea.

—¡Bah!; siempre fue una estúpida —masculló entre dientes.

—¿Decías, querido? —preguntó *lady* Bosley, que leía una revista en un diván cercano.

—Nada, cariño; no tiene importancia.

—Entonces, ¿por qué has tirado esa carta al fuego?

—Porque era la carta de un loco, que me pedía dinero.

—Deberías llamar a Scotland Yard, querido.

—No merece la pena. Ese loco decía que le enviase mil libras

esterlinas o destruiría el mundo. ¿Crees que se pueden tomar en serio amenazas semejantes?

Lady Bosley rió discretamente.

—Algunos lo destruirían por la mitad de esa cifra —comentó, con moderada ironía.

Alrededor de la medianoche, se oyó un extraño sonido en las inmediaciones de Bosley Manor.

Ducelay fue el primero que despertó y escuchó aquella singular melodía, incorporado parcialmente en la cama. Alguien tocaba la flauta y era una música muy dulce, pero, al mismo tiempo, muy siniestra también. El dueño de la residencia sintió de repente un vago terror.

Aquella melodía parecía una balada que anunciase la muerte.

Al cabo de un rato, se alejaron los sones de la flauta. Poco después, se oyeron algunos aleteos en la mansión.

Un pájaro se lanzó contra los cristales de una ventana y los rompió, cayendo al interior, tras el estrépito consiguiente. Aleteó furioso, emitiendo agudos graznidos de protesta.

Otro pájaro entró por el mismo hueco. En torno a la casa empezaron a oírse más y más chillidos.

Ducelay, su esposa y los sirvientes se despertaron, alarmados por aquel incomprensible fenómeno. Los sirvientes intentaron cerrar los postigos de las ventanas, pero se retiraron cuando las aves la emprendieron a furiosos picotazos contra ellos.

Sonaron los primeros gritos de terror. Una camarera chilló espeluznantemente cuando el afilado pico de una corneja reventó de un solo golpe su ojo derecho.

Ducelay y su esposa estaban aterrados. A cada segundo que transcurría, más y más aves, cuervos, grajos, cornejas y hasta gaviotas, atraídos y, a la vez, enfurecidos por alguna misteriosa causa, invadían el edificio, picoteando con horrible agresividad todo cuanto encontraban a su paso.

El mayordomo tenía una escopeta y consiguió disparar cuatro tiros. Pero cuando dos picos causaron profundas heridas en su mejilla y en su mano izquierda, abandonó el arma, salió de la casa y echó a correr con la mayor rapidez que pudo obtener de sus ya no jóvenes piernas.

Los pájaros parecieron concentrarse en las cercanías del

dormitorio de los condes de Bosley. Ducelay había conseguido cerrar los postigos y la puerta, hechos unos y otra de recias hojas de madera. Era una suficiente protección, hasta que se pasara la furia de los pájaros, pensaron al mismo tiempo.

Pero los pájaros no cejaron en sus esfuerzos y empezaron a picotear las maderas. El tableteo de cientos de picos golpeando la madera resultaba un ruido aterrador.

Lady Bosley gemía y sollozaba, invadida por un pánico invencible. Su esposo no estaba menos asustado, aunque, en el fondo, confiaba en que los pájaros acabarían por cansarse y levantarían el vuelo.

Estaba equivocado. Un cuarto de hora más tarde, quedó abierta la primera brecha, por la que se coló una furiosa corneja.

Ducelay consiguió matarla con un buen golpe, pero, casi en el mismo instante, sintió un terrible picotazo en la oreja izquierda.

La sangre corrió en abundancia a lo largo de su cuello. A su lado, *lady* Bosley, encogida en la cama, chillaba de un modo espeluznante.

Nuevas brechas se abrieron en las ventanas y cientos de pájaros invadieron el dormitorio, lanzándose ferozmente contra sus ocupantes. Los alaridos del hombre y de la mujer no fueron oídos por nadie.

Ducelay y su esposa sucumbieron a la fuerza del número. Los sirvientes, aunque con algunas heridas, habían conseguido escapar.

Al día siguiente, acompañados por algunos vecinos del pueblo cercano, los sirvientes regresaron a Bosley Manor. Al llegar a las habitaciones de los dueños de la casa, se encontraron con un horrendo espectáculo.

Lord y *lady* Bosley yacían, el uno en el suelo y la otra sobre la cama, inmóviles, espantosamente destrozados a picotazos. El aspecto de sus rostros, sobre todo, era horripilante. En aquellas facciones faltaban los ojos, la nariz y buena parte de la boca y hasta de la piel de la frente. Asimismo, los picos de las aves habían causado enormes heridas en el resto del cuerpo.

Cuando un hombre, más resuelto que los otros, abrió, al fin, la puerta del dormitorio, un cuervo, que se hallaba posado sobre la descarnada frente de Ducelay, abrió las alas y emprendió el vuelo, no sin emitir un chirriante graznido de protesta.

Sonaron algunos gritos de horror. Una de las doncellas se desmayó.

En cuanto al mayordomo, en cuyo rostro se veían varias tiras de tafetán adhesivo, que cubrían las heridas recibidas, lo primero que hizo fue recorrer la casa.

Bosley Manor había quedado en un estado indescriptible. Los picos de las aves enfurecidas, no sólo habían causado la muerte de sus dueños, sino que habían provocado en el interior del edificio una serie de destrozos tal, que el próximo habitante de la residencia, tendría que amueblarla y decorarla por completo.

Prácticamente, sólo quedaban en pie, y aún con infinidad de huellas de picotazos, los muros de la casa.

* * *

—Es horrible —dijo Cynthia.

Crane guiaba el coche. La joven tenía en las manos un diario, en cuya primera plana aparecían un par de fotografías, en una de las cuales aparecían los cuerpos de los dueños de Bosley Manor. En la otra se veía el comedor de gala, con todos los muebles convertidos en montones de astillas.

—Sí —convino él—. Verdaderamente horrible.

—Como en aquella película, en que unas aves enfurecidas atacaban a toda una población…

—Los pájaros —dijo Crane.

—Sí. Estaba muy bien conseguido y yo me sentí sumamente impresionada por aquella furia de las aves, cuyo origen nadie llegaba a comprender.

—Por lo visto, aquí ha pasado lo mismo, aunque con más víctimas: dos muertos, unos cuantos heridos… y una casa arrasada, al menos, en su interior.

—Pero nadie sabe explicarse los motivos de la furia de estos pájaros —dijo la muchacha—. Atacaron después de la medianoche, sin causa aparente.

—Cynthia, sospecho que no ha leído usted la noticia por completo —dijo Crane—. Según ha declarado el mayordomo, poco antes del ataque de los pájaros, se oyó el sonido de una flauta, que emitía una música muy agradable, pero también triste y lúgubre. Claro que estos dos calificativos son algo muy subjetivo, pero no deja de ser un síntoma.

—Lo mismo pasó en Byburn-on-Syne y en Shomartry —exclamó la muchacha.

—Exactamente, aunque en el caso de Bosley Manor no se vio a la persona que tocaba la flauta. Pero usted y yo sospechamos que fue Maggie.

—Sí, tuvo que ser ella… aunque, ¿cuáles eran los motivos que pudo tener contra Ducelay y su esposa?

Crane hizo un movimiento con la cabeza.

—Cynthia, no nos queda otro remedio que aguardar a la noche —contestó.

De pronto, se acordó de Bess Vanloo.

La exuberante holandesa había manifestado que se iba a Mowreen House, pero no se había vuelto a saber de ella. ¿Podría darle Maggie alguna noticia sobre el particular?

—Lo primero de todo es conseguir una entrevista con Maggie —expresó en voz alta sus pensamientos.

—¿Cómo? —exclamó Cynthia.

—Perdón, no me he dado cuenta de que pensaba a gritos…

—No ha gritado, Eddie —sonrió ella.

—Bueno, era una metáfora. Hablar con Maggie nos interesa muchísimo, no sólo por lo que ha sucedido hasta ahora, sino por averiguar otras cosas de gran importancia.

—¿Por ejemplo?

—¿Qué hace en aquella casa? ¿Por qué me envió una cuartilla en blanco? ¿Está allí voluntariamente o es un secuestro del que ni ella misma se da cuenta? ¿Sabe algo de Bess Vanloo?

—¿Quién es esa mujer?

Crane le explicó todo lo que sabía acerca de Bess. Al terminar, Cynthia se sintió profundamente impresionada.

—¿Sospecha usted que haya podido ser asesinada? —preguntó, cuando él hubo terminado de hablar.

—No sé ya ni qué pensar —confesó el joven—. Todas las especulaciones al respecto son inútiles por el momento. Hasta que no consigamos hablar con Maggie, no sabremos a qué atenernos y, aun así, dudo mucho de que lleguemos a una solución completa del enigma.

Cynthia asintió, porque sabía que las palabras de Crane encerraban una buena dosis de razón. De repente, se acordó de

algo.

—Eddie, ¿qué ha averiguado su amigo White? —inquirió.

—Por ahora, no ha conseguido nada importante. Sigue investigando, eso es todo.

—Debió de ser horrible —murmuró ella—. Miles y miles de ratas…

—Cientos de miles, por lo menos; tal vez había millones, porque quizá nunca se sepa cuántas quedaron encerradas en la cueva cuya boca se cegó con explosivos.

—Quizá alguna pudo escapar, Eddie.

—Se ha hecho todo lo humanamente posible para evitarlo. El Ejército y la Policía rastrearon la zona con perros, a fin de buscar otras salidas de la cueva, pero no encontraron ninguna. En cuanto a las ratas que se hallaban en el exterior, al aire libre, murieron todas calcinadas.

—La verdad —dijo Cynthia—, no me gustaría encontrarme con uno de esos bichos…

Crane sonrió.

—Si llegara a suceder, creo que voy prevenido —contestó.

—¿Lleva ratoneras en el coche?

—No, algo mejor… espero.

Pero Crane no quiso dar más detalles del método que podía emplear para el caso de que se encontrasen con una rata gigante.

Sólo recurriría a ello si se encontrasen en la absoluta necesidad de defenderse del ataque de las ratas.

Esperaba no llegar a semejante extremo.

CAPÍTULO VIII

CRANE detuvo el coche, en el atardecer triste y deprimente, a pocos metros del punto más elevado de la pendiente. Abrió la portezuela y se apeó.

—¿Por qué no seguimos? —se extrañó Cynthia.

—Mowreen House se divisa desde la cúspide y ellos, a su vez, podrían vernos a nosotros. El movimiento de vehículos no es particularmente intenso y… en fin, más vale pasar desapercibidos hasta el momento adecuado.

—Sí, creo que tiene razón.

—Aguardaremos aquí, hasta que sea de noche. En el asiento posterior hay una cesta con algo de pollo frío, bocadillos de queso y jamón, termos con té y café y un par de cervezas. Cuando sienta apetito, empiece a mover las mandíbulas.

Cynthia sonrió.

—Le gusta viajar prevenido —comentó.

—Puesto que no vamos a entrar en el pueblo, donde nuestra presencia, por lo menos, podría despertar curiosidad, pensé que lo mejor era cenar en el campo.

Ella se había apeado también y, de pronto, sintió un escalofrío y se subió el cuello de piel de su chaquetón.

—Ciertamente, el tiempo no invita a un pícnic —dijo.

—Cuando se haga de noche, entraremos en el automóvil; al menos, nos resguardaremos del viento.

—¿A qué hora piensa iniciar el asalto, Eddie?

—Sospecho que alrededor de las once ya estará todo el mundo en la cama. Será la mejor hora, un poco más tarde, claro.

—Pero lo que ignoramos es el lugar exacto donde se aloja Maggie.

Crane se subió también el cuello de su abrigo.

—No tendremos otro remedio que buscarlo como sea —

respondió.

Poco más tarde, cenaron dentro del coche. Para entretener la espera, Crane encendió la radio y escucharon música y noticias. Cuando ya iban a dar las once, Crane dijo que había llegado el momento.

Por fortuna, el cielo no estaba completamente cubierto, lo que les permitió caminar sin necesidad de usar la linterna que Crane llevaba consigo. Media hora más tarde, se hallaban en las inmediaciones de Mowreen House.

Había una luz encendida en una de las ventanas del piso superior.

—Es preciso aguardar otro poco más —dijo él.

La luz se apagó casi una hora más tarde. Cynthia empezaba a sentir frío, pero también se notaba impaciente y nerviosa.

Al cabo de un rato, se acercaron a la casa. Crane tanteó una de las ventanas del piso bajo.

—Tiene echados los pestillos —murmuró.

Pero aquel obstáculo no le arredró en absoluto. Sacó un diamante y trazó una circunferencia en el cristal. A continuación, aplicó una diminuta ventosa en el centro de aquel círculo. Con no poco asombro por su parte, Cynthia se dio cuenta de que era un proyectil de los usados por los niños en sus juegos con pistolas y arcos.

Pero era suficiente para sostener el disco de vidrio, cuando Crane lo hizo saltar con un seco golpe con la mano derecha. El vástago de madera de la ventosa quedaba en la otra mano y sostuvo sin dificultad el redondel de cristal.

Crane lo dejó en el suelo sin hacer el menor ruido. Luego metió la mano y soltó los pestillos.

El antepecho de la ventana quedaba a unos noventa centímetros del suelo. Crane pasó al interior de la casa y luego ayudó a la muchacha. Cynthia, precavida, llevaba pantalones, que facilitaban sus movimientos.

Crane encendió la linterna. Inmediatamente, reconoció el lugar. Sí, ya habían estado en aquella sala. Ahora lo interesante era encontrar el dormitorio de Maggie.

Avanzaron paso a paso, hasta llegar al zaguán. Crane buscó la puerta que permitía el acceso al primer piso. La primera que abrió

daba a una escalera que se hundía en el subsuelo.

—Aquí no es —murmuró.

Hasta la tercera puerta no encontraron el camino que buscaban. La escalera era vieja, de recios peldaños de madera, muy reseca, por lo que era preciso subir con infinito cuidado, al objeto de evitar un ruido delator.

Momentos después, alcanzaban un largo corredor, iluminado solamente por una lámpara. Crane dudó.

¿Cuál de aquellas puertas correspondía al dormitorio de Maggie?

De repente, en el absoluto silencio de la casa, se oyó el más extraño sonido que ninguno de los dos hubiera soñado escuchar en aquellos momentos.

Alguien con poco sueño estaba tocando la flauta.

* * *

La sorpresa paralizó por unos instantes a los intrusos. Luego, Crane, reaccionando, corrió hacia la puerta de la que procedía el sonido de la música.

Abrió de golpe. Al otro lado, en una amplia estancia, sentada en una silla, estaba Maggie Billings, ante un atril en el que había una partitura.

Cynthia emitió un gritito de asombro.

—¡Silencio! —siseó Crane en el acto.

Maggie no parecía haberse dado cuenta de la presencia de los dos jóvenes. Crane avanzó hacia ella, mientras Cynthia cerraba la puerta con todo cuidado.

—Maggie —llamó Crane.

La flautista se sobresaltó.

—Eddie —exclamó.

—Maggie, si estás aquí contra tu voluntad, hemos venido a…

—Oigo voces en el pasillo —avisó Cynthia rápidamente.

Crane miró a su alrededor. Divisó una puerta al fondo, no lejos de la enorme cama que era el mueble principal de la habitación, y llamó a la muchacha.

—Sigue, Maggie —indicó.

Crane y Cynthia corrieron a esconderse al otro lado de la puerta, que daba a un cuarto de baño. Apenas diez segundos más tarde, oyeron la áspera voz de un hombre que increpaba a Maggie.

—Éstas no son horas de ensayar, señorita Billings. ¿Por qué no

se va a la cama, como todo el mundo?

—Dispénseme, profesor; no tenía sueño…

—¡Entonces, busque un libro, pero deje dormir a los demás!

Sonó un portazo. Crane abrió una rendija.

El dormitorio se había vuelto a quedar con su única ocupante. Crane salió de puntillas y cerró la puerta con doble vuelta de llave.

—Maggie, queremos hablar contigo —dijo.

Ella se puso en pie.

—¿Por qué habéis venido? —preguntó.

—¿Estás aquí por tu propia voluntad?

Maggie dudó.

—Claro —dijo al cabo.

Pero su acento carecía de firmeza.

De pronto, Crane se acercó a ella.

—Permíteme —rogó.

Levantó uno de sus párpados y examinó la pupila con gran atención.

—Está algo contraída —dijo.

—Hay mucha luz —apuntó Cynthia.

—La contracción natural por un cierto exceso de luz, sería aún mayor —aseguró Crane—. Esta chica está drogada, muy suavemente, pero no por ello con menor perniciosidad.

—Eddie, usted entiende de todo…

—La luz es un fenómeno físico, Cynthia, y yo he estudiado mucho sobre óptica y, aunque le parezca mentira, he examinado muchísimos ojos y no sólo de personas. Maggie, ¿de veras quieres seguir aquí? —preguntó inesperadamente.

—Estoy bien, Eddie —contestó la interpelada.

—Pero, de cuando en cuando, sales de Mowreen House.

—No, no he salido desde que llegué… Es decir, a veces paseo por los alrededores, pero siempre me acompaña alguno de los ayudantes del profesor Bathurst.

—Ah, tiene ayudantes…

—Sí, Charlie Waters y Alf Crammill.

—¿Qué haces tú en esta casa, Maggie?

—También trabajo. Escribo lo que me dicta el doctor Bathurst…

—¿Qué es lo que te dicta?

Maggie se encogió de hombros.

—Sinceramente, no lo entiendo —respondió.

Crane se volvió hacia Cynthia.

—Cada vez que sale con su flauta, las drogas borran de su mente el recuerdo de lo que ha hecho —explicó.

—Bueno, pero ¿por qué ha de ser ella la que toque la flauta? —se extrañó la muchacha.

—Hace años, Maggie pertenecía a una orquesta de cierto renombre. Vino un nuevo director y trató de conquistarla, empleando métodos no demasiado lícitos. Ella se hartó un día.

—Y le rompió la flauta en la cabeza.

Crane sonrió.

—No. Le dio con todo un violoncelo y el director acabó en el hospital. Naturalmente, Maggie fue despedida y, un poco decepcionada, abandonó el instrumento durante una temporada. ¿No es eso cierto, Maggie?

—Sí, pero ahora me gusta tocar la flauta otra vez.

Maggie agarró la flauta, pero Crane alargó la mano y le impidió que soplase.

—Quieta —murmuró.

La flauta, apreció Crane, tenía un grosor ligeramente superior a lo normal. El aparato emisor de ultrasonidos debía de hallarse en su interior, hábilmente disimulado y situado de tal modo que no interfiriese la producción de notas armónicas.

De pronto, se le ocurrió una idea.

—Maggie, ¿sólo tienes esta flauta? —preguntó.

—No, dispongo de varias, pero ahora sólo tengo ésta a mano…

—¿Podría llevármela, Maggie?

Ella dudó.

—Bueno, no hay inconveniente —accedió al cabo—. Mañana pediré al profesor Bathurst que me deje las otras…

—Ah, las tiene el profesor.

—Sí. Dijo que quería introducir ciertas modificaciones que mejorarían la pureza del sonido. Pero eso es todo lo que sé, por ahora.

—Gracias, Maggie. Ahora, dime, ¿por qué me escribiste una carta en blanco, por mediación de Cynthia?

Ella le miró, muy sorprendida.

—Eddie, yo no te he escrito ni tampoco a Cynthia —declaró.

Crane apretó los labios.

—Quizá no sea éste el mejor momento, pero no voy a tardar mucho en venir con una orden del juez, para que te dejen libre —prometió. Giró la cabeza un poco—. Cynthia, ¿se da cuenta del estado en que se halla la mente de Maggie?

—Me da miedo —confesó la interpelada.

—Ahora no podemos llevárnosla —dijo Crane—. Es preciso hacer creer a Bathurst y a sus secuaces que todo sigue normal. De este modo, cuando volvamos con la orden del juez y la Policía, podremos atraparlos con las manos en la masa.

—Suponiendo que no le hagan algo malo…

—No. Necesitan a la flautista.

De repente, se oyó un sordo «chop» en la estancia.

Cynthia volvió los ojos hacia el origen del ruido y sintió un helado escalofrío que recorra su cuerpo de la cabeza a los pies.

Otro ruido análogo se escuchó a renglón seguido. Crane se volvió también y creyó que se le ponían los pelos de punta al ver las dos ratas gigantes que habían aparecido en la estancia como por arte de magia.

* * *

Había en el dormitorio una gran chimenea, tan vacía y desguarnecida como la de la planta baja. Los dos múridos se habían hecho visibles en el hogar, limpio, pero ennegrecido.

Otra rata descendió por el cañón de la chimenea y se unió a las anteriores. Las pupilas de los roedores brillaban como diminutas chispitas rojas.

Maggie y Cynthia retrocedieron unos pasos. A cada segundo que transcurría, surgían más ratas, cuyo número, en pocos momentos, se hizo tan grande, que ya desbordaban de la chimenea.

—Nos van a comer vivos —dijo Cynthia, llena de pánico.

Sin saber por qué, recordó a la señora Bromfield, devorada viva en su lecho. Claro que ella, como Maggie, tenía las piernas en buenas condiciones y podrían correr…, pero ¿tendrían tiempo de escapar?

De súbito, una de las ratas emitió un agudísimo chillido, a la vez que se retorcía espasmódicamente, con frenéticos saltos que la hacían voltear en el aire una y otra vez. Más ratas empezaron a ser víctimas de aquel extraño fenómeno, hasta que, de pronto, iniciaron

una más que presurosa retirada, escapando por el mismo camino seguido para su llegada.

Asombrada, Cynthia volvió la cabeza. A tres pasos de distancia, Crane sostenía con ambas manos lo que parecía una pluma estilográfica, cilíndrica, de metal brillante, con uno de sus extremos sujeto al mismo tiempo por los labios. Entonces, comprendió que la supuesta pluma no era otra cosa que un silbato.

Las ratas habían escapado ya. Crane se quitó el silbato de los labios, miró a las dos mujeres y sonrió.

—Ultrasonido —dijo escuetamente.

—Increíble —exclamó Cynthia.

—Le daré explicaciones por el camino —añadió él—. Maggie —se volvió hacia la otra—, procura ser discreta. No menciones nuestra presencia en esta casa. ¿Has comprendido?

—Sí, Eddie.

—Volveremos a buscarte y te sacaremos de aquí. Cynthia, debemos marcharnos.

Crane se encaminó hacia la puerta. Antes de salir, hizo una nueva advertencia a la prisionera:

—Maggie, no vuelvas a tocar la flauta en esta casa.

—No lo haré —respondió Maggie.

CAPÍTULO IX

CRANE y Cynthia pudieron llegar al coche sin dificultad. Al acomodarse en el asiento, ella dejó escapar un largo suspiro de alivio.

—Me vi muerta, devorada viva por las ratas —dijo.

Crane tenía el ceño fruncido.

—Hemos cometido un error —murmuró.

—¿Sí, Eddie?

—La verdad, ninguno de los dos estamos habituados a esta clase de situaciones. Yo me puse un poco nervioso… y olvidé algo muy importante. Ni siquiera se me ocurrió preguntarle por Bess Vanloo.

—A mí me parece que ella podía haber comentado algo. Tengo la sensación de que Maggie ignora la suerte que haya podido correr Bess.

—Quizá. De todos modos, me gustaría encontrar el criadero de ratas de Mowreen House, para consumir en él unos cientos de litros de petróleo —dijo Crane ceñudamente.

—Por cierto, ¿cómo se las arregló para espantarlas? Parecían locas de terror…

—Ultrasonidos, pero con una frecuencia muy distinta y, por supuesto, molestísima. Simplemente, si vinieron atraídas por la melodía de la flauta de Maggie, huyeron cuando otra fuente emisora de ultrasonidos afectó enormemente su sistema nervioso.

—Entonces, la flauta oculta un emisor de ultrasonidos.

—Sí, y esto es lo que atrae a las ratas…

—Y a las avispas y a los pájaros, no lo olvide.

—Con frecuencias distintas, claro.

De pronto, Cynthia pareció sentirse un tanto incómoda.

—Eddie, la conversación ha sido muy corta —dijo.

—Lo sé, pero no podíamos correr más riesgos. Cuando Maggie esté fuera de ese maldito caserón y libre de la influencia de las

drogas, podremos hablar a fondo con ella.

—Es cierto, aunque empiezo a temer que vuelvan a utilizarla.

—¿Cómo?

—Francamente, no sabemos por qué se provocó la invasión de las ratas, ni tampoco la de las avispas. ¿Qué motivos impulsaron a Bathurst a excitar a las aves, para que matasen al matrimonio Ducelay?

Crane hizo repetidos gestos de asentimiento.

—Es cierto. Los motivos —murmuró—. Si lográsemos conocerlos, tendríamos adelantada la mayor parte del camino.

* * *

La mujer puso un papel delante de los ojos del profesor Bathurst.

Hubo un instante de silencio, hasta que Bathurst hubo terminado la que, por otra parte, era breve lectura, dado el relativo laconismo del mensaje escrito.

—Sí —dijo Bathurst al fin.

—¿Lo tiene todo listo?

—Sí.

Rosamunda Potter sonrió.

—Bien, creo que hemos llegado al momento que esperábamos —dijo—. ¿Cuánto tardará, en su opinión?

—Están a punto. Sólo falta la excitación adecuada.

—Por mediación de Maggie Billings.

—Exactamente.

—Los Turner son muy ricos.

—Eso es algo que usted sabe mejor que nadie.

—Sí, lo sé. Hoy mismo echaré la carta al correo.

Rosamunda se marchó. Bathurst se quedó solo, estudiando los apuntes y las notas que tenía consigo.

Leif Turner recibió la carta dos días después. Recordando cosas que habían ocurrido, empezó a pensar en el medio mejor de evitar el pago de las doscientas mil libras que le exigían por las vidas de su esposa, los dos niños pequeños y la suya propia.

Al cabo de unos minutos, llegó a una conclusión y alzó el teléfono.

Media hora más tarde, John White usaba el mismo medio para comunicarse con Eddie Crane.

—Te necesito —dijo escuetamente.

—Bien, iré ahora mismo.

Crane salía de casa, cuando se tropezó con Cynthia en la puerta.

—¿Adónde va? —preguntó la muchacha.

—White me necesita. Quizá ha averiguado algo.

—¿Puedo acompañarle?

—Claro —accedió él.

Durante el trayecto, Cynthia quiso enterarse de la marcha de las gestiones del joven acerca de la obtención de un mandato judicial para el registro de Mowreen House.

—He hablado con el inspector Bromliss. Me dijo que lo dejase de su cuenta. No he querido insistir sobre el particular, aunque le he pedido que cuide de Maggie —contestó Crane.

Minutos después, llegaban a la casa de White.

El zoólogo se mostraba altamente preocupado.

—Leif Turner es un gran amigo mío —dijo—. Me ha pedido consejo.

—He oído hablar de él. Es todavía joven, pero ya ha conseguido llegar a ser una potencia financiera —declaró Crane.

—En efecto, así es; pero ahora le piden doscientas mil libras esterlinas… si no quiere que le pase lo mismo que a la señora Bromfield y al matrimonio Ducelay, por no hablar de los desgraciados de Shomartry.

Cynthia se quedó sin aliento.

—Esa cifra me parece un sueño —comentó.

—Turner puede pagar, pero quiere evitarlo, si le es posible. Por eso me ha pedido consejo y yo, a mi vez, he pedido ayuda a Eddie —manifestó el zoólogo.

—Cuenta conmigo —dijo Crane—. ¿Qué es lo que piensas hacer, John?

—Lo primero de todo, visitar la residencia de los Turner. Pero iremos a la noche. Los chantajistas pudieran quizá vigilarla y conviene que lleguemos sin ser vistos.

—Me parece muy bien —aprobó el joven.

Aquel mismo día, a las ocho, Crane, White y Cynthia entraban en la mansión de los Turner, empleando la puerta posterior. Turner recibió al trío en su despacho privado. Su esposa, dijo, estaba terminando de dar la cena a los niños. Aunque tenían nurse, prefería hacerlo siempre que podía y más ahora que habían recibido

aquella amenaza.

—Está muy bien, así podremos hablar con toda franqueza —dijo White—. ¿Tienes a mano la carta que te enviaron?

Turner se la entregó a su amigo quien, después de leerla, se la pasó a Crane.

—A mí se me ha ocurrido una idea —dijo el joven de pronto.

—Habla, por favor —pidió White.

—Todo lo sucedido, evidentemente, estaba ya preparado, salvo, tal vez, el ataque de los pájaros, Pero no podemos olvidar que todos ellos eran aves que se desplazan con gran rapidez, por lo que acudieron a los pocos momentos de iniciada la llamada por medio de la flauta con el emisor de ultrasonidos. Ahora bien, dudo mucho de que, dados los antecedentes, vuelvan a emplearse ratas, avispas o pájaros. Animales de mayor tamaño, como lobos, no serían empleados, dada la insuficiencia del número, aparte de que no nos hallamos en zonas montañosas, donde podrían congregarse los suficientes para un ataque nada agradable. Por tanto, serán otros los animales que se empleen para ejecutar la amenaza, si el señor Turner se niega a pagar.

—No pagaré, desde luego —aseguró el mencionado.

—Eddie, ¿a qué clase de animales te refieres tú? —preguntó el zoólogo.

—Si no son ratas… y la zona no parece adecuada para la proliferación de esos roedores, tienen que emplear otros, excitándolos con los ultrasonidos. Ahora bien, ¿qué clase de animales pequeños, insectos, por ejemplo, podrían matar a cuatro personas, suponiendo que la servidumbre quedase indemne?

—No se me ocurre ninguna idea… Arañas, tal vez.

Cynthia hizo un gesto de asco al oír aquella palabra. Crane meneó la cabeza.

—Las arañas matan y devoran a sus víctimas, desde luego, pero no atacan a los seres humanos. Es cierto que, a veces, pican a las personas, pero tú, como científico, sabes que eso es producto de una reacción de defensa. En cambio, ¿qué otros insectos podrían atacar… y comerse a unas cuantas personas? Langostas, no, aparte de que el clima y la latitud no son propicios. Procura recordar, John —dijo.

White arrugó el entrecejo.

—Tal vez… hormigas.

—Exacto —corroboró Crane—. Hormigas. Y tú sabes mejor que nadie de la existencia de especies carnívoras, capaces de devorar animales de todas clases… incluyendo el hombre que, a fin de cuentas, no es sino el animal más evolucionado de todos.

—¡Caramba, señor Crane! —Respingó Turner—. Sí que nos quiere usted mal…

El joven se volvió hacia el dueño de la casa.

—Señor Turner, trato, simplemente, de ponerme en la situación en que se encuentra usted, después de conocer los antecedentes de lo sucedido —manifestó—. Y lo que debemos esperar es, ciertamente, lo peor.

—Pero si esta casa fuese invadida por una avalancha de hormigas carnívoras, nosotros tendríamos tiempo de escapar…

—Ciertamente, podrían escapar. A menos que antes viniera alguien y les inmovilizase a usted y a sus familiares, para que no pudieran hacerlo. Esto, claro, en la hipótesis de que no quisiera pagar la suma solicitada.

Turner empezó a ponerse nervioso.

—Doscientas mil libras representarían para mí un duro golpe y me costaría mucho reponerme, pero lo daría todo a gusto, con tal de preservar a mi esposa y a mis niños…

Crane se volvió hacia su amigo.

—Según parece, el autor, o autores, del anónimo, han dado un plazo para la entrega del dinero o, de lo contrario, ejecutarán su amenaza —dijo.

—Sí. El dinero debe ser entregado tres días después de recibida la carta, mediante las instrucciones que Leif recibirá oportunamente por teléfono.

—Está bien, eso nos concede un margen considerable de tiempo. —Crane se encaró de nuevo con Turner—. Usted hará su vida normal, mientras nosotros tratamos de evitar que le suceda nada. A propósito, este lugar parece un tanto retirado…

—Hay otras residencias, pero apenas si están habitadas en esta época del año. Aparte de eso, las distancias son bastante grandes. Mi mujer, en ocasiones, se sentía un tanto asustada, por lo que compré dos buenos sabuesos…

—Esa gente lo tiene todo prevenido. Los sabuesos no les harían

nada, si decidieran pasar al ataque. Los canes sólo sirven para delincuentes de tipo ordinario, pero no contra tipos con los que debemos enfrentarnos, infinitamente más astutos e inteligentes. Posiblemente, harían huir a los canes mediante una frecuencia especial de ultrasonidos… del mismo modo que yo hice huir a las ratas.

—¿Usted… ha conseguido eso? —exclamó Turner, asombrado.

—Así es, pero ya se lo contaré en otro momento. Aparte de todo lo que hemos hablado, considero prudente hacer intervenir al inspector Bromliss, del Yard, aunque con el máximo de precauciones, para que no se enteren los autores del anónimo. Mientras, tú y yo, John, nos dedicaremos a buscar el lugar donde anidan las hormigas.

—Eso es imposible —protestó White—. La zona es muy extensa; abundan los prados y los bosques…

—Cuando las hayamos encontrado, tú cogerás unas cuantas, para estudiarlas o que las estudie algún entomólogo amigo tuyo. Del resto, mejor dicho, de lo que es preciso hacer antes, me encargo yo.

Crane se volvió hacia la muchacha.

—Cynthia, considero que debería quedarse aquí, a fin de hacer compañía a la señora Turner —añadió—. Es decir, si su esposo no tiene inconveniente.

—Al contrario, nos hará un gran favor —declaró el interpelado —. Mi mujer está al corriente de todo lo que pasa y la compañía de una joven tan encantadora como la señorita Burke representará un gran alivio para ella.

Cynthia hizo una ligera inclinación de cabeza para agradecer el cumplido.

—Mi esposa y usted tienen, aproximadamente, la misma figura —agregó Turner—. Ella le dejará la ropa que necesite, señorita.

—Gracias —contestó la muchacha.

—John, tú y yo nos volvemos a Londres —dijo Crane—. Entre esta noche y el día de mañana, espero dejar listo el aparato que nos permitirá encontrar el nido de hormigas.

—Suponiendo que se trate de hormigas…

—No lo sé a ciencia cierta, pero el instinto me dice que estoy en lo cierto —contestó el joven, sin asomo de orgullo ni falsa modestia.

CAPÍTULO X

VEINTICUATRO horas más tarde, Crane y su amigo abandonaron la residencia de los Turner, en la más completa oscuridad. Crane llevaba en las manos una caja de forma oblonga, que medía unos cincuenta centímetros de largo, por treinta de ancho y veinte ele grueso. El aparato, además, estaba sostenido por una correa que pasaba por el cuello del joven, lo que le facilitaba una considerable libertad de movimientos. White llevaba dos grandes linternas.

En la cara superior de aquella caja, se veían unas esferas débilmente iluminadas. De la parte frontal, sobresalía un tubo ancho y corto, de unos doce centímetros de largo por la mitad de grueso.

A pocas decenas de metros de la casa, había una oscuridad absoluta. Entonces, Crane describió un círculo completo, procurando que el tubo externo de la caja coincidiese en todo momento con los radios imaginarios de la rueda que estaba trazando.

De pronto, cuando ya había trazado un arco de unos 200º, una de las agujas indicadoras se movió débilmente.

—Ah, creo que ya estamos sobre la buena pista —dijo en voz baja.

Avanzó cincuenta pasos en línea recta. La aguja descendió un poco y se desvió hacia su derecha, provocando un nuevo ascenso, más acusado aún que el anterior.

—Así, así… —murmuró.

Lentamente, la aguja continuaba marcando cifras más altas. De pronto, llego al máximo y otra aguja se puso en movimiento.

—Eddie, aún no me has explicado qué diablos es ese artefacto — rezongó el biólogo.

—Simplemente, es la aplicación práctica, en la tierra, de un termocuplo, aparato que, como debes saber, puede medir la

temperatura del sol y de las estrellas. John, toda aglomeración de seres vivos, provoca un aumento de la temperatura ambiente en el lugar en que se encuentran. ¿Recuerdas la hondonada de las ratas?

—Sí, es cierto. Pero no estamos seguros de que sean hormigas…

—Lo que sea, puede devorar a las personas, John.

White asintió. La segunda esfera dejó de marcar y la tercera inició su funcionamiento.

De pronto, un cuarto de hora más tarde, la aguja se quedó inmóvil.

—Cuidado, John; estamos a muy pocos pasos de la fuente de calor —avisó Crane—. Enciende la linterna más grande, de las dos que te he dado.

White lo hizo así. Unos segundos más tarde, vieron ascender del suelo una especie de humareda de color rojo oscuro, que brotaba, en apariencia, de las entrañas de la tierra.

—Esa linterna emite radiaciones infrarrojas. Lo que estás viendo, ni más ni menos, es el aire caliente que sale del lugar donde están las hormigas —explicó el joven.

White se sentía mudo de asombro. Crane le quitó la otra linterna y enfocó el haz de rayos de luz normal hacia el punto de donde surgían las vedijas de humo rojo.

Una exclamación de asombro brotó en el acto de los labios del zoólogo. Avanzó un par de pasos y luego, de pronto, se detuvo, petrificado por el asombro y el horror a un tiempo.

Delante de ellos, en el interior de un hoyo no demasiado grande, sin embargo, se veía una masa de insectos de color rojo muy oscuro, casi negro, que se agitaban con perezosos movimientos. El diámetro del hoyo era apenas superior al metro, pero, a pocos centímetros de la boca, se adivinaban infinidad de entradas a numerosos túneles en los que, calculó Crane, debían de albergarse millones de aquellos diminutos seres.

—Hormigas —dijo White, estupefacto.

—Has traído los útiles necesarios —sonrió Crane—. Recoge unas cuantas de muestra y llévaselas a un entomólogo amigo tuyo.

—¿Qué harás tú, mientras tanto?

Crane suspiró.

—Por ahora, nada —dijo—. El hoyo debe quedar en las mismas condiciones. Es probable que, de cuando en cuando, alguien venga

a visitarlo. Si ahora lo tapásemos con tierra, entrarían en sospechas… que es, precisamente, lo que queremos evitar.

White se inclinó para observar las hormigas más de cerca. Muchas de ellas medían tres centímetros de largo; ninguna bajaba de dos. Se imaginó lo que podía ocurrir en el caso de una invasión de aquellos horribles insectos y, pese al calor que emanaba del hoyo, no pudo por menos de sentir un escalofrío.

—Eddie, dime, ¿qué demencial imaginación ha ideado una cosa tan atroz? —exclamó.

—En este mundo, nunca faltan gentes capaces de las más absurdas y disparatadas ideas —contestó Crane sentenciosamente.

—Pero ahora están casi inmóviles…

—Hasta que lleguen a ellos unas emisiones de ultrasonidos, que las excitarán hasta lo indecible y, además, las conducirán al lugar donde deben calmar su excitación, mediante el ataque a unos seres vivos. Como sucedió con las ratas, las avispas y los pájaros.

White se incorporó a los pocos momentos.

—Me vuelvo a Londres —manifestó—. Conozco a un buen entomólogo, a quien le encantará estudiar unos cuantos ejemplares de estas hormigas.

—Lo celebro, John. Por cierto, ¿has adelantado algo en tus estudios anatómicos sobre las ratas capturadas?

—No, lo siento. Alguien ha estudiado muchísimo más, infinitamente más que yo, sobre ese tema, y me gustaría conocer las notas y apuntes que haya podido tomar sobre el particular.

* * *

El teléfono sonó de pronto, sobresaltando con su estridente sonido a cuantos se hallaban en la estancia. La mano del inspector Bromliss señaló el aparato.

Turner se llevó el teléfono a la oreja. Bromliss tenía ya un supletorio.

—Señor Turner, ¿ha reflexionado usted sobre la proposición que le hicimos por carta? —dijo una voz.

—Lo siento. No pienso acceder a sus pretensiones.

—¿Cómo, señor Turner…? Un hombre tan rico…

—Es inútil, no insista —contestó el dueño de la casa, debidamente instruido por Bromliss—. No quiero pagar.

—Bien, parece que aprecia usted el dinero más que u su propia

vida y la de su esposa e hijos. Dentro de muy poco, tendrá noticias nuestras, se lo aseguro.

—Se oyó un leve chasquido. Turner, muy pálido, miró al policía.

—No tema —sonrió Bromliss—. Todo está previsto.

Lejos de la casa, en lugares discretos, había coches preparados, con objeto de emprender la huida, si las circunstancias resultaban adversas. El informe que White había recibido de su amigo el entomólogo y transmitido a Crane, era deprimente. Las hormigas localizadas, del género ponerme, eran capaces, en número suficiente, de descarnar el cuerpo de una persona en menos de una hora.

Pasó un buen rato. De pronto, se oyeron ciertos ruidos en el exterior de la casa…

La señora Turner, con sus hijos y Cynthia, se hallaba arriba, en el piso superior, todos protegidos por cuatro hombres del Yard. En el despacho de Turner, además de Bromliss, había dos agentes más.

De pronto, se abrió la puerta del despacho. Un hombre, armado con una pistola, irrumpió en la estancia.

—¡No se mueva, señor Turner, o dispararé!

La mano de Bromliss se apoderó rápidamente del arma.

—Calma, amigo —dijo.

El intruso se quedó atónito. Afuera, en el vestíbulo, se oyó ruido de lucha.

Momentos después, cuatro agentes traían en volandas a otro sujeto, no menos desconcertado que su compinche. Bromliss hizo que los esposaran y luego preguntó a Crane si los conocía.

—Uno de ellos es Charlie Waters —respondió el interpelado—. El otro, me imagino, debe de ser Alf Crammill, el otro ayudante de Bathurst.

—Muy bien —dijo el policía—: Seguramente, estos dos hombres tenían ciertas instrucciones. ¿Podemos saber cuáles eran?

Crammill y Waters se sentían desmoralizados. En el registro, los agentes les habían ocupado unos botes pulverizadores, cargados con lo que se suponía era un potente narcótico.

Waters se encerró en un desdeñoso silencio. Crammill, al fin, se decidió a hablar y lo contó todo.

—¿Dónde está ella? —preguntó Crane ávidamente, cuando el sujeto hubo terminado su declaración.

—A ochocientos metros de la casa… Está aguardando en el coche a que le demos la señal Si pasa un cuarto de hora y no la hemos avisado, vendrá igualmente.

Crane se lanzó hacia la puerta.

—Inspector, haga que uno de esos hombres llame a Mowreen House y que diga que todo marcha bien —solicitó.

—De acuerdo.

Crane salió del despacho. Cynthia bajó en aquel momento.

—¿Adónde va usted, Eddie? —preguntó.

—Maggie está a media milla.

Cynthia echó a correr detrás del joven, sin necesidad de más palabras. Los dos caminaron en la oscuridad, hasta divisar a lo lejos un automóvil parado junto al borde de la carretera.

Casi en aquel mismo instante, se abría la puerta del coche. Una mujer puso el pie en el suelo.

—No grite, Cynthia —aconsejó él.

Maggie se hizo visible por completo. Pendiente del hombro, llevaba un bolso de cuero. En las manos, brillaba el metal de su flauta.

La joven se llevó el instrumento a los labios. Antes de que pudiera emitir una sola nota, una mano le arrebató la flauta.

—¡No, Maggie! —dijo Crane con firmeza.

Ella le miró con ojos vacuos. Su pecho subía y bajaba con lentos movimientos. Los efectos de la droga a que había sido sometida, resultaban harto perceptibles.

De repente, las rodillas de Maggie se doblaron. Sorprendido, Crane, con la flauta en una mano, apenas si pudo frenar la caída lo suficiente para evitar que la joven se hiciera daño al chocar contra el asfalto.

—¡Ha muerto! —Se aterró Cynthia.

—No, sólo está desmayada —rectificó Crane, a la vez que se arrodillaba junto a Maggie—. Nuestra presencia ha supuesto una especie de *shock* para ella y…

Bromliss llegó en aquel momento, seguido de un par de agentes.

—Hemos conseguido comunicación con Mowreen House… Eh, ¿quién es esa mujer? —exclamó, sorprendido.

—Una víctima de las circunstancias, inspector —contestó Crane —. ¿Podría llamar a un médico?

—Sí, claro. —Bromliss se volvió hacia uno de sus agentes y le dio unas breves órdenes. Luego se arrodilló junto a Crane—. De modo que esta linda chica es la flautista.

—Sí, inspector, y si usted quiere que se llegue al fondo de este asunto, le ruego nos deje actuar a nosotros en primer lugar.

—¿Cómo?

Crane explicó su plan. Bromliss no se mostró demasiado satisfecho con la idea.

—Eso es cosa de la Policía…

—Si quiere pillarlos con las manos en la masa, es preciso obrar con mayor astucia que ellos —alegó Crane vehemente.

—Bueno, pero ustedes van a correr unos riesgos y yo no me atrevo a autorizarles…

—Inspector, déjeme un transmisor de radio de pequeñas dimensiones. Si veo que la cosa se tuerce, le avisaré, ya que usted y sus hombres podrían estar situados en las cercanías de Mowreen House. ¿Le parece bien?

Bromliss meditó unos instantes. Al fin, hizo un gesto afirmativo.

—De acuerdo, pero me reservo el derecho de intervenir en cualquier momento, si veo que la cosa está apurada —dijo.

—Perfectamente, es su derecho, inspector —admitió Crane.

Luego se volvió hacia la muchacha.

—¿Cynthia?

—Tengo bastante miedo…, pero creo que debo ir —respondió la interpelada.

CAPÍTULO XI

EL automóvil describió una ceñida curva, aminorando la marcha, a cada vuelta de sus ruedas, y acabó por detenerse ante la puerta de acceso a la casa, en la que sólo se veía una ventana iluminada, en el piso superior.

Alguien miró a través de los cristales de la ventana y se retiró casi en el acto. Crane saltó al suelo y llamó a la puerta.

Momentos más tarde, alguien abrió y se hizo visible en el umbral.

—Hola, profesor Bathurst —saludó el joven, sonriendo.

El aludido se quedó atónito. Era un hombre de unos cincuenta años, de buena estatura, pelo abundante, entrecano, y bigote y barba terminada en punta. Vestía de un modo normal, aunque algo descuidado y por el bolsillo superior de su chaqueta asomaban unas gafas que, sin duda, usaba para leer o para su trabajo.

—Usted es…

—Crane, profesor. Permítame que le presente a la señorita Burke. A Maggie, por supuesto, ya la conoce.

Crane empujó al aturdido sujeto, haciéndole entrar en la casa. Cynthia y Maggie le siguieron en el acto.

—Estoy seguro, profesor, de que aguardaba a dos individuos llamados Waters y Crammill, ¿no es cierto?

—No sé a qué se refiere…

—Vamos, vamos, profesor —sonrió Crane—. Será mejor que dejemos los disimulos a un lado. Sus dos ayudantes fueron a visitar, en efecto, a Leif Turner, pero éste los convenció mediante el adecuado empleo de unos cuantos miles de libras, una cifra notoriamente inferior, por supuesto, a la que usted había exigido de ese caballero.

—¡Me han traicionado! —gritó Bathurst, sin poder contenerse.

Crane movió la cabeza afirmativamente, sin revelar que todas

sus palabras eran una gran mentira.

—Por supuesto, profesor. Quien actúa por dinero, debe esperar lo mismo de otros —contestó—. En resumen, Charlie y Alf se largaron, no sin revelarnos antes el lugar donde estaba el nidal de hormigas carnívoras en estado de semiletargo. Con lo cual, el exterminio de la familia Turner ha sido evitado.

Bathurst tenía la boca abierta, a causa del asombro que le producían aquellas inesperadas revelaciones.

—Bien…, pero, no entiendo qué es lo que pretende de mí…

—Muy sencillo, profesor. Estas señoritas y yo deseamos que nos explique los motivos de su forma de actuar, los motivos de una serie de acciones que han causado casi la destrucción de una aldea y muchas muertes o heridas graves o tras personas. Sólo queremos saber eso, profesor. Es bien sencillo, ¿no?

Una voz sonó de pronto en el vestíbulo.

—Si no tienes inconveniente, querido, yo puedo explicártelo con todo lujo de detalles.

Crane volvió la cabeza.

Una puerta se había abierto en el lado izquierdo del vestíbulo. Rosamunda Potter, vestida con una bata de encajes, aparecía con la sonrisa en los labios y un revólver en la mano derecha.

* * *

Crane contempló el arma durante un par de segundos.

—¿Utilizas siempre una pistola para dar explicaciones a tus huéspedes? —preguntó al cabo.

—Sólo en determinadas circunstancias, Eddie —respondió ella —. Profesor, abra la puerta que da a la habitación del sótano.

—Rosamunda…

—¡Haga lo que le he ordenado! —cortó la mujer con voz enérgica.

Bathurst se encogió de hombros.

—Rosamunda, tengo la sospecha de que todo está perdido —dijo —. Lo mejor que podríamos hacer es largarnos de aquí cuanto antes.

—Espere un momento, profesor. No podemos abandonar esto, sin tener la seguridad de que no seremos perseguidos.

Súbitamente, Rosamunda dio unos pasos, se acercó a Maggie y apoyó el revólver en la cabeza.

—Eddie, si intentas algo, ella morirá en el acto —exclamó.

Crane separó las manos del cuerpo, a fin de recalcar con el gesto sus intenciones de obedecer cuanto se le ordenase.

—Puedes estar tranquila —contestó—. No quiero que le suceda nada a ninguna de las dos.

Rosamunda le dirigió una extraña mirada. Luego empujó a Maggie con una mano.

—Usted también, señorita Burke —ordenó.

Las dos jóvenes bajaron por la escalera que conducía a una habitación cerrada. Rosamunda dio una orden:

—Maggie, abra y entren las dos.

Se abrió la puerta, Maggie y Cynthia lanzaron un horrible grito al ver el esqueleto que yacía en medio de la estancia, cubierto con apenas unos harapos.

Un segundo después, sonó un terrible portazo a sus espaldas. Cynthia y Maggie quedaron a solas con aquel siniestro montón de huesos. De repente, Maggie vio algo en el descarnado cuello y lanzó un grito:

—¡Cynthia, mira! ¡Es Bess Vanloo!

La muchacha había logrado tranquilizarse un tanto.

—Maggie, eso no «es» —puntualizó—. «Fue» Bess Vanloo.

Luego paseó la mirada por el cubículo, de paredes absolutamente desnudas, cuyo único mueble era un taburete metálico.

—Nos vamos a divertir —murmuró, mientras trataba de especular con la suerte que podían correr.

La presencia del esqueleto en aquel lugar, sobre cuyos huesos aún quedaban algunos jirones de ropa, preocupó no poco a la muchacha. En el suelo, incluso, se divisaban manchas oscuras de origen inconfundible.

Bess había muerto allí mismo, no cabía duda.

¿Cuál había sido la causa de su muerte?

De pronto, empezó a recorrer las paredes, con la vista y el tacto al mismo tiempo. Maggie la contemplaba con asombro.

—¿Qué haces? —preguntó.

Cynthia se puso un dedo sobre los labios, al mismo tiempo que daba una respuesta que parecía incongruente, dadas las circunstancias:

—Me aburro, Maggie. —Quizá había micrófonos ocultos, pensó.

De repente, las yemas de sus dedos tocaron un pequeño desnivel, situado a ras del suelo. Se puso en cuclillas y pudo ver un cuadrado de unos veinte centímetros de lado.

Tocó con los nudillos. Sonaba a hueco al otro lado.

Probó a mover el trozo de pared situado en la depresión cuadrada, cuya profundidad, sin embargo, no era superior a un par de centímetros, pero no lo consiguió.

Desde el lugar en que se hallaba el esqueleto, aproximadamente tres metros, hasta lo que Cynthia sabía ya que era una compuerta, se veían una serie de manchas muy pequeñas, infinidad de manchitas, de color marrón muy oscuro, casi negro.

Alguien que no hubiese estado en antecedentes de lo que sucedía, hubiera pensado que eran huellas de pisadas de gatitos nacidos un mes antes o quizá menos. Cynthia, sin embargo, sabía que aquellas siniestras huellas eran las de las patas de las ratas, manchadas con la sangre de Bess Vanloo.

Por aquella diminuta compuerta, pensó, podían llegar más ratas para devorarlas a ambas.

Apenas hubo dejado a las dos chicas en el laboratorio, Rosamunda Potter volvió a la carrera hacia arriba. Apuntó al joven con el arma y dio una orden:

—Mire a ver si lleva pistola, profesor.

—Estoy desarmado —anunció el joven.

—A pesar de todo. ¡Vamos!

Bathurst obedeció. Lo único que encontró, fue un diminuto transmisor de radio, del que se apoderó ella.

—Ya no podrás avisar a nadie, Eddie —dijo, sonriendo perversamente.

—Bien, pero ¿qué hacemos ahora? —consultó Bathurst.

—Vamos al laboratorio. Tengo ganas de charlar un poco con este buen mozo.

Bathurst abrió la marcha. A Crane le pareció un hombre débil, irresoluto, pese a su inteligencia y sabiduría; un verdadero monigote en manos de una mujer carente de piedad, pese a su hermosura, como Rosamunda Potter.

Momentos después, entraban en una vasta habitación, sostenida por un par de columnas de cemento, de sección rectangular. Había

una gran mesa de laboratorio, con numerosos instrumentos, y también una larga consola, con aparatos que parecían de control.

En distintos puntos de las paredes, había grandes jaulas, ocupadas por animales de muy diversas clases. Crane vio ratas, avispas y un par de docenas de cuervos, grajos y cornejas, todos ellos situados tras enrejados metálicos de la trama adecuada para evitar que escaparan.

En otro rincón divisó lo que parecía un hormiguero artificial, de falso barro, con uno de sus lados al descubierto, si bien protegido por una pared de vidrio. Aquellas hormigas eran del mismo género que las destinadas a devorar a la familia Turner.

La jaula de las ratas era de enormes dimensiones. Crane calculó que no había allí menos de quinientas o seiscientas. Al igual que las aves y los insectos, los roedores parecían en estado de semiletargo y apenas se movían.

La temperatura era bastante elevada. Crane calculó que debía ser de unos 24 o 25 °C, por lo menos.

—De modo que éste es el laboratorio…

—Sí —confirmó Rosamunda orgullosamente—. Obra de mi amigo Janus Bathurst, pero financiado por mí.

—Janus —murmuró él—. Un nombre muy adecuado. El dios bifronte de los romanos, el dios de las dos caras. Una señalaba la paz y otra la guerra.

—Ahora, Janus enseña siempre la cara que indica la guerra, Eddie.

—No me extraña, Rosamunda. ¿Puedo hacer unas preguntas al profesor?

—Adelante —invitó la mujer, de buen humor.

Crane se volvió hacia el mencionado.

—Profesor, ¿cómo ha conseguido la agresividad en sus sujetos experimentales? —inquirió.

—Ultrasonidos —replicó Bathurst.

—Exactamente. Pero también he conseguido hallar una frecuencia convenientemente estudiada, ¿no es así?

—Exactamente, Pero También he conseguido hallar la frecuencia tranquilizadora. Está funcionando en estos momentos. Por eso ve

tranquilos, casi dormidos, a casi todos los animales.

—De cuando en cuando, me imagino, deberá alimentarles.

—Oh, ése no es problema. Algo de carne a las ratas, grano a los pájaros, y miel a las avispas y hormigas. Alteró ligeramente la frecuencia de los ultrasonidos tranquilizadores y los animales se alimentan.

—Y luego vuelve a hacer que se duerman.

—Sí.

—Pero ha conseguido que se multipliquen prodigiosamente. ¿Cómo, profesor?

—Hay una frecuencia determinada de ultrasonidos que provoca en ellos la sensación de ansiedad. Esto excita el instinto de la defensa y, en los animales de tamaño inferior, el mejor modo de defenderse es con un mayor número de ejemplares. Lo cual se consigue, lógicamente, por medio de la reproducción.

—Y cuando ya se cuenta con el número suficiente, se excita todavía más el instinto agresivo y atacan.

—En efecto.

—Por ejemplo… Byburn-on-Syne. ¿Por qué la invasión de ratas?

—Maggie había sido echada del pueblo por conducta liviana. No era mejor ni peor que los demás habitantes —explicó Rosamunda—, pero ello nos permitía una justificación. Además, a fin de desconcertar a todo el mundo, necesitábamos una flautista. Maggie nos servía perfectamente.

—Bajo la influencia de las drogas, por supuesto.

Rosamunda se encogió de hombros.

—Janus es también un excelente químico —contestó.

—Naturalmente, la flauta contenía un emisor de ultrasonidos.

—No —sonrió Rosamunda—. El emisor quedaba a corta distancia del lugar atacado. Maggie lo dejaba previamente a su aparición, convenientemente escondido, por supuesto.

—Claro, las ratas llegaban, pero no se quedaban en torno al emisor, sino que iban…

—A comer, porque estaban hambrientas.

—Después de haber sido convenientemente… criadas y mantenidas en un lugar oculto, hasta el momento oportuno.

—Sí, como las avispas y las hormigas. En cuanto a las aves, ya es distinto, pero la frecuencia que encontramos para ellas produce

unos efectos agresivos muy superiores a las que se necesitan para los otros animales.

—Rosamunda, yo diría que todo lo que se ha hecho hasta ahora no han sido ensayos —manifestó Crane, sin perder la calma—. Naturalmente, antes de que te lanzaras a pedir dinero, debías estar segura de que el método funcionaba sin fallos.

—Sí —admitió la mujer, con maligna sonrisa—. Hoy mismo, por ejemplo, morirá una familia, porque el hombre no ha querido pagar doscientas mil libras esterlinas.

Crane prefirió callar por el momento lo que había sucedido en casa de los Turner.

—De todos modos, yo diría que tenías un motivo particular contra los Ducelay —dijo.

Los ojos de Rosamunda centellearon de un modo especial.

—Hace doce años, él dijo que se casaría conmigo. Naturalmente, lo prometió antes de conseguir… Bueno, imagínatelo, hombre.

—Sí, es bien sencillo. Rosamunda, también a mí me drogaste.

—Sospechaba de ti, pero tienes una mente muy resistente a las drogas, al menos, a las de poca potencia. Y no quería emplear otras más fuertes, porque quizá hubiera causado daños irreparables en tu cerebro, sin conseguir, a cambio, lo que yo deseaba.

—Informes —adivinó él.

—Sí. De todos modos, llegaste a creer en la borrachera.

Crane hizo un gesto ambiguo.

—¿Qué fue de Bess Vanloo?

—Era una colaboradora ambiciosa. Quería más dinero y no podíamos dárselo en estos momentos. No hubo otro remedio que suprimirla.

—¿Cómo, Rosamunda? —preguntó Crane, íntimamente pasmado ante el cinismo que mostraba la mujer.

Ella dio unos pasos, se acercó a la consola de mandos y movió unas cuantas teclas. Luego bajó una palanquita.

—Así —dijo, con sonrisa que helaba la sangre en las venas.

Las ratas se agitaron de pronto. Uno de los roedores se movió hacia la pequeña compuerta que acababa de abrirse en el fondo de la enorme jaula.

—Ese agujerito da a un pequeño túnel que conduce a la habitación donde están Cynthia y Maggie —dijo Rosamunda, con

sonrisa de demonio.

CAPÍTULO XII

CRANE dio un paso hacia adelante, pero ella le puso el revólver en el pecho.

—Está amartillado —avisó—. Se disparará aun cuando me lo quites de un manotazo.

Crane apretó los puños.

—Merecerías entrar en la jaula de las ratas —dijo.

Con el rabillo del ojo, vio que los roedores se apelotonaban en su ansia por atravesar la pequeña compuerta. Maggie y Cynthia, pensó, habían sido condenadas a la más horrible de las muertes.

Dio un paso hacia atrás.

—Nunca te lo perdonaré —dijo.

Ella se encogió de hombros.

—Tu perdón no me importa en absoluto —contestó—. Antes de la madrugada, nos habremos marchado de aquí y jamás nos encontrarán. Confieso que no hemos podido llegar al límite que nos habíamos marcado, pero doscientas mil libras nos permitirán…

—Si no te lo ha dicho el profesor, y yo no lo he oído, debes saber que Turner «convenció» a tus dos secuaces por una cantidad de dinero infinitamente menor. A estas horas, Crammill y Waters están muy lejos de aquí —mintió Crane.

Rosamunda se puso pálida de ira.

—¿Es eso cierto? —gritó.

Crane movió la cabeza afirmativamente.

—Al menos, es lo que dijo al llegar —intervino Bathurst.

La mano de Rosamunda tembló.

—Debería pegarte un tiro, pero… debes morir de otra manera —exclamó—. He invertido mucho dinero en estos proyectos, es cierto; pero todavía me queda lo suficiente para huir antes de que me atrapen.

—Por favor —rogó el joven, dominando el nerviosismo que

sentía al pensar en las dos chicas peleándose ferozmente con las ratas—. Antes de que me mates, ¿podría fumar al menos un cigarrillo?

—Janus te lo dará. No me fío de ti.

—Sí, pero lo fumaré en mi boquilla —dijo Crane, a la vez que sacaba un tubo metálico del bolsillo superior de su chaqueta.

Bathurst le dio un cigarrillo y Crane lo insertó en el extremo de la supuesta boquilla.

—Rosamunda, ¿fuiste tú quién puso la cuartilla en blanco en la carta que me escribió Maggie? —preguntó.

—Sí. Te llamaba con urgencia, en un momento de lucidez. No nos convenía que supieras la verdad. Pensarías que se trataba de una broma…

Crane miró hacia la jaula de las ratas. Ya estaba vacía.

* * *

En la habitación del sótano. Cynthia aplicó el asiento del taburete al agujero cuadrado.

—Es metálico. Las ratas no podrán morder —dijo.

—Te ayudaré —se ofreció Maggie, arrodillándose a su lado.

Las dos muchachas sostuvieron el taburete por las patas. A los pocos momentos, notaron unos golpes al otro lado.

—Aguanta, Maggie —gritó Cynthia.

—Descuida, no quiero acabar como Bess Vanloo.

Cynthia sentía inundado el cuerpo de sudor. La sola idea de acabar comida viva, helaba su ánimo, pero, al mismo tiempo, le hacía redoblar sus esfuerzos, para evitar el paso de las ratas a la habitación en que se hallaba encerrada con la otra joven.

Las ratas chillaban, enfurecidas, porque no podían vencer aquel insalvable obstáculo. Por otra parte, la pared era de duro cemento y no de blando yeso, que pudiera ser roído con facilidad por sus insaciables colmillos.

* * *

De pronto, una rata apareció en la jaula.

—Eh, vuelven —exclamó Bathurst.

Otra rata regresó al punto de origen. Instintivamente, Rosamunda volvió la cabeza.

Crane aprovechó la ocasión y golpeó el revólver con un fuerte manotazo. El arma se disparó, pero la bala no encontró carne en su

trayectoria.
Se oyó ruido de cristales rotos. Las aves se agitaron inquietas en sus jaulas.
Rosamunda chilló. Crane se apoderó del arma. Ella le alcanzó cuando ya la agarraba por la culata.
Forcejearon unos instantes, bajo la mirada atónita de Bathurst, cuya indecisión le hacía permanecer un poco al margen de la lucha. De repente, el revólver escupió una nueva llamarada.
Se oyó un choque metálico. Saltaron algunas chispas de la consola de mandos.
Crane, al fin, logró arrojar lejos de sí a la enloquecida mujer. Rosamunda cayó hacia atrás. Su cabeza rozó la mesa de laboratorio y perdió el sentido momentáneamente.
Bathurst se movió.
—Cuidado, profesor —amenazó el joven—. Siga donde está o le romperé una pierna a tiros.
Crane empezó a retroceder hacia la puerta.
—Afuera hay hombres de Scotland Yard —añadió.
El rostro de Bathurst adquirió de súbito una pronunciada lividez.
Ninguno de los dos hombres se dio cuenta del oscuro reguero de hormigas que salía por el agujero causado en el cristal por la primera bala. Las avispas, en su colmena enrejada, zumbaban horriblemente.
Crane llegó a la puerta, saltó hacia atrás y cerró con doble vuelta de llave. De pronto, en el laboratorio, saltó un trozo de red metálica.
Las aves escaparon de su jaula, chillando y graznando enloquecidamente. Crane no oyó nada, porque se había lanzado hacia la escalera que conducía a la habitación donde estaban las dos jóvenes.
Abrió, preparándose para lo peor.
Cynthia lanzó un alegre grito:
—¡Eddie!
Y corrió hacia él, colgándose de su cuello con frenética efusión, antes de que el sorprendido Crane tuviera tiempo de preguntarle qué había producido el milagro de encontrar a las dos chicas con vida.
Maggie, más práctica, se lanzó hacia la puerta.

—Vamos, fuera, pronto, antes de que vuelvan las ratas —exclamó.

* * *

De repente, Bathurst lanzó un grito de dolor, a la vez que se golpeaba la pierna con una mano.

Bajó la vista. El pánico se apoderó de su mente, al ver la bandada de hormigas que se abalanzaban hacia él, enfurecidas por alguna causa que no podía conocer.

Rosamunda despertó en aquel momento. Las aves revoloteaban furiosamente, atacando lo mismo a los humanos que a los insectos. De repente, una tela metálica cedió y la primera rata escapó de su encierro.

Bathurst se abalanzó hacia la puerta y la golpeó con los puños desesperadamente.

—¡Abran, abran! —gritaba, enloquecido de miedo.

Pero nadie podía oírle. Era una puerta muy recia y, además, acolchada, a fin de mantener constante la temperatura ambiental.

Los pájaros empezaron a luchar con las ratas. Rosamunda, llena de terror, empezó a quitarse las ropas, para evitar las mordeduras de las hormigas carnívoras.

De pronto, se oyó un aterrador zumbido.

Varios miles de furiosas avispas escapaban de su colmena, lanzándose al ataque de todo ser viviente. Rosamunda emitió unos horripilantes alaridos al sentir en su piel ya desnuda los primeros aguijonazos.

Uno de los pájaros hundió el pico en su ojo derecho. Otro le arrancó de un solo golpe la mitad del labio superior.

Una rata se colgó, mordiendo, del seno izquierdo. En el suelo, a pocos pasos de distancia, Bathurst se debatía, peleando frenéticamente, atacado al mismo tiempo por ratas, pájaros, avispas y hormigas.

Los gritos de los dos criminales eran horripilantes. Pero muy pronto se convirtieron en unos roncos estertores que, al fin, dejaron de escucharse.

Cuando las primeras presas hubieron sido derrotadas, los animales, enfurecidos, se volvieron los unos contra los otros.

Los pájaros devoraban infinidad de avispas, pero su número era muy inferior y acabaron por sucumbir. Las ratas, a su vez,

devoraban infinidad de hormigas, mientras eran devoradas al mismo tiempo.

De pronto, una rata, en una de sus convulsiones, hizo que se juntasen dos conductores eléctricos. La descarga fulminó al animal, pero, al mismo tiempo, los hilos empezaron a arder.

Durante unos momentos, las llamas se mantuvieron en un límite moderado. De pronto, alcanzaron las inmediaciones de un botellón repleto de alcohol.

El calor rompió el vidrio y el líquido se inflamó de pronto, con espantosa llamarada. Justo en aquel instante, Bromliss y sus hombres, llamados por Crane, entraban en la casa.

El joven guió a los policías hasta el laboratorio. Abrió un poco la puerta, pero la cerró en el acto al ver salir una larga lengua de fuego que casi le chamuscó el cabello.

—Habrá que avisar a los bomberos —dijo.

—Está bien —contestó Bromliss—. Luego buscaremos al profesor y a la señora Potter…

—Creo que no será necesario, inspector.

Bromliss se volvió hacia Crane.

—He podido ver dos cuerpos tendidos en el laboratorio. Había muchas ratas muertas y también cuervos y cornejas, pero todavía quedaban infinidad de roedores vivos.

—Diablos —exclamó el policía.

Eddie Crane llenó cuatro copas y las llevó con una bandeja hacia la salita donde aguardaban sus tres invitados.

—Bueno, al menos, podemos brindar por nosotros mismos —dijo, sonriente.

John White levantó su copa.

—Y por tu actuación en Mowreen House —añadió.

Crane meneó la cabeza.

—No me lo recuerdes —dijo.

—¿Por qué no? —intervino Cynthia—. A fin de cuentas, nos salvaste la vida a todos con tu emisor de ultrasonidos.

—No —dijo él, muy pensativo—. Fue la segunda bala la que, al averiar la consola de mandos, hizo que todas las emisoras de ultrasonidos empezaran a funcionar en las distintas frecuencias requeridas para cada especie animal de las que Bathurst tenía allí para sus experimentos. Yo había conseguido que las ratas iniciaran

la retirada, con mi silbato de ultrasonidos; pero ese disparo… «disparó» todas las frecuencias agresivas, despertando de su semiletargo a las aves, las avispas y las hormigas. Y eso fue, en realidad, lo que constituyó nuestra salvación.

—Y la perdición de Bathurst y su demonio particular —dijo Maggie.

—Su demonio particular —murmuró Crane—. Sí, así podríamos llamar a Rosamunda. Le conoció hace años y se interesó especulativamente por sus trabajos, pero luego pensó que los experimentos de Bathurst podían servirle para hacerse inmensamente rica.

—En resumen, una mente desequilibrada —calificó White.

—No puede definirse de otra manera —concordó el joven.

De pronto, White miró a Maggie y sonrió.

—Tú tocas la flauta bastante bien —dijo—. Yo tengo en mi casa una partitura de Mozart, Concierto para flauta y clavecín, Opus 56. ¿Por qué no la ensayamos juntos?

Maggie arqueó sus cejas.

—Johnny, no me digas que tú…

—También soy aficionado a la música clásica y tengo un clavecín, con el que me desempeño tan bien, según dicen, como con el microscopio y el escalpelo. ¿Vamos?

—Vamos —exclamó Maggie, resuelta, aceptando sin vacilar el brazo que le tendía el zoólogo.

Crane y Cynthia quedaron a solas.

—La música es el *hobby* de White —dijo—. ¿Cuál es el tuyo?

—Me siento avergonzada —sonrió ella—. No tengo ninguno.

—Yo tampoco. Pero podríamos empezar a pensar en uno que nos agradase a los dos.

—No es mala idea, Eddie —contestó Cynthia, con los ojos fijos en el rostro del joven.

—¿Empezamos ya?

—Sí.

Crane se acercó a la muchacha y la besó. Después dijo:

—Éste no es un *hobby* desagradable.

—Todo lo contrario, muy agradable —rió Cynthia.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig.

Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor.

La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión

hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales Bruguera, Toray que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y
D. D. T.,
de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras.

García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.

Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.